ron valiosos consejos y gracias a ellos pudé corregir algunos punro~ especiales. Pero a ninguno de ellos pueden imputarse, ni los errores cometidos, ni las opiniones que aquí se expresan.

M. H. D.

Cambridge,
julio, 1937.

ADVERTENCIA A LA SEGUNDA EDICION

En la edición revisada introduje algunas alteraciones sustanciales a la segunda mitad del capítulo IV, con objeto de desarrollar un poco más algunos aspectos de la teoría marxista de las crisis que en la primera edición fueron descuidados. Las últimas doce páginas del capítulo VI también fueron objeto de algunas alteraciones, producto de un pensamiento más maduro. En el resto, aunque demasiado consciente de sus errores y deficiencias, me limité a hacer algunos cambios de poca importancia.

M. H. D.

Mayo, 1940.

Dobb Maurice
Economía Política y Capitalismo
Fondo de Cultura Económica
pp. 9-59

""-

Hay quienes adoptan una actitud hacia la Economía Política clásica que puede resumirse en la declaración de que nada se gaua examinando los errores elementales de los economistas de hace un siglo. Expresada en forma tan extrema esta actitud, probablemente sea rara. Pero existe, aunque menos impaciente, una opinión, similar muy extendida en los círculos académicos, según la cual los economistas clásicos son los burdos, aunque brillantes, "primitivos" de su arte, y de quienes poco tiene que aprender nuestra compleja edad contemporánea. Si la Economía Política clásica -se dice- pudo plantear correctamente diversos problemas acercándose con brillantez a]a verdad, su técnica analítica era inadecuada para dar soluciones .lógicamente satisfactorias, aparte de que la precisión del pensamiento y la solución de problemas más importantes se dificultaba por algunas confusiones elementales. El genio de Ricardo quedó empobrecido por su adhesión a la estrecha e imperfecta teoría del valor-trabajo, y por su "desconocimiento del conciso lenguaje del cálculo diferencial". ¿Acaso no se ha dicho de Marx que con unas cuantas lecturas superficiales y mal digeridas de Ricardo como todo bagaje intelectual se vio conducido por sus loables, aunque desequilibradas "simpatías por los que sufren", a posiciones que una reflexión más madura debe rechazar inevitablemente? La moderna teoría del valor, producto principalmente de las últimas décadas del siglo XIX, separa tan profundamente a la economía de hoy de la de hace cien años, como los principios de Newton dividieron los trabajos de sus sucesores de los físicos pre-newtonianos. Ricardo y Smith podrían ser los Pitágoras y los Arist6te1es de la ciencia económica; pero fueron poco más que eso. Dicha actitud ha llegado a ser una parte tan esencial de la contextura del pensamiento económico, que discutida es hacerse sospechoso de ignorancia o aparecer como víctima de perversas obsesiones para las que no hay lugar en la ciencia.

En la actualidad existe cierta tendencia a sostener que los primeros economistas no sólo carecían de madurez, sino que se extraviaron en sus investigaciones. El mismo concepto de utilidad, que originalmente fue proclamado como un concepto que no sólo procuraba una solución más adecuada de los problemas que se plantearon los clásicos, sino que abarcaba una mayor generalidad de casos, se descarta frecuentemente como insostenible u ocioso. Hoy día está de moda decir, con Cassel, que es innecesaria una teoría del valor, y que todas las proposiciones necesarias pueden enunciarse sencillamente en términos de una teoría empírica de los precios. Se nos dice que una teoría que representa las relaciones de cambio como funciones de ciertas preferencias humanas expresadas en la conducta del hombre, es todo lo que una verdadera ciencia económica debiera tener o, por lo menos, todo lo que necesita tener. Semejante teoría -se agrega- constituye, ipso tacto, la única teoría del valor que puede existir **tuan-**

do el valor se define con propiedad. Para la ec?n~mía, dice Mises, el estudio de los propósitos o de los fincs es tan mdlferente como 10 ~s el es~udio de los costos reales, y la única teoría d.el valor necesana para el estudio económico es un sistema de ecuaClOnes que generalice las relacioncs que deben prevalecer entre medlOs escasos y determinados fines en cualquier situación.! El profesor ~yrdal ha declarado recientemente que la búsqueda de una teona del valor de parte de los viejos economistas, apoy.~da en los conceptos de. costo real. o utilidad, representa una obseslOn por los p~ob1eI?as étIcos y políticos; y que sólo el abandono de esa búsqu~da, I~us~na ha peI'!l11tido establecer la economía sobre una base CIentIhca. ~J¡:escntor norteamericano ha dicho, dirigiéndose en especial a los ,soCIalIstas, que Marx no había entendido los requisitos de una teo~la del valor, y que la doctrina moderna" debido a ~u obi~tividad ~upenor y a su may~r generalidad es una te ona econ6mlca mas apropIada a una economla socialista q~e la teoría del valor de Ricardo y Marx.[3]

Es evidente que cualquier decisión ~obre est~ problema, y hasta la simple comprensión de lo que imphca,. reqUlere una respuesta ,a esta pregunta: ¿qué condiciones debe satIsfacer una correcta t~ona del valor? Pero antes es necesario dar respuesta a esta otra: ¿cual ~s laimportancia de. una teoría del val~r para)~ e~tructura de las proposIciones que constItuyen la Ec?nomla PohtIca. , .

Croce ha dicho que "un sIstema de economla en ~l. que. se omItiera el valor, sería como una lógica sin concept~, una étIca SITdeber, una estética sin expresión".4 Pero esta analo~la no es. convl.nce~te si no se definen con más precisi6n los prop6SltO,Sde la mvestIga~l?n econ6mica. Es claro que puede forn:ul~rse u~ numero ?e proposl~lOnes respecto a ciertos hechos ec~>nomlcos sm. l~ previa post,~lacI6~ de un principio de valor y aun SlD el estableclmle~to d~ las co~dlciones adecuadas" para una teoría del valor. Tod~vla mas, es posl?le hacer algunas afirmaciones acerca ?el. cvi'· portamlento de los. preCIOS sin atender a consideraciones a pnon rc~pecto de la adec.uaCI6n formal. Si ese conjunto de postulados es verd.adero y c?nslstente ¿no podría constituir nuestra teoría del valor? SI, una .teona del valor. se concibe como algo más que esto ¿no se correra el nesga .d~ convertI~la en algo metafísico e indiferente para los problem~s pO.SltI~OS que tIenen frente a sí los economistas? ¿Por qué no dIscutIr SlI~plemen~e los principios empíricos que deben esta?lecerse por ser fIel reflejO de los hechos y no acerca de la adecuaCIón formal?

Cuando se habla de la adecuaci6n formal de ~ma teo:ía en ~ste sentido, se alude a las condiciones que debe satIsfacer SI se qmere

1 Die Gemeinwirtschaft, traducido al inglés con el nombre de Socialism, pp. 111 ss.

2 G. Myrda1, Das Politische Element in der Nat'IOnalokonomlschen Doktr'mbildung (1932), caps. 3 y 4...

3 P. M. Sweczy en el Economic Forum. correspondiente a la ~nmavera de 193 .

4 Belledétto Croce, Historical Materialism and *the* Economlcs *oi* Karl Marx, p. 138.

que sea capaz de sustcntar corolarios de un cierto grado de gene~lidad. Se quiere aludir, también, a las relaciones entre las propOS!ciones y las predicciones que pueden hacerse con apoyo en aquellas. Es una cuestión dcl nivel de conocimiento constituido por un conjunto de postulados, esto es, de hasta dónde puede llegar ese conocimiento. Es muy conocido el hecho de que la investigación dentro de cualquier rama del conocimiento científico comienza con la descripción y clasificación de los fenómenos que tienen lugar en un campo un tanto vago e indeterminado. Con apoyo en esa clasificación, el análisis puede formular, en una etapa posterior, ciertas generalizaciones limitadas. Pero puede ser que esas generalizaciones sólo sean aplicables, por largo tiempo, a una situación particular o a un sector limitado del terreno, e incapaces, por tanto, de sustentar prcdicciones de carácter más general que se refieran simultáneamente a fen6menos más importantes y que permitan, a la vez, determinar la configuraci6n del sistema en su conjunto. Para lograr lo último se requiere que las generalizaciones alcancen cierto grado, no s610 de comprensi6n o amplitud, sino de refinamiento. Y también cierto mvel de abstracci6n. Semejantes conquistas se han logrado, por ejemplo, en la Química con el concepto del peso at6mico de los elementos químicos, y en la Física, con la ley newtoniana de la gravitaci6n. En Economía Política puede decirse que con anterioridad a la publicaci6n de la Riqueza de las Naciones, el estudio de los problemas econ6micos no había superado su etapa descriptiva y clasificatoria: la etapa de la generalización primitiva y de la investigación concreta. Sólo la obra de Adam Smith y la sistematización más rigurosa que de ella hizo Ricardo, pudo crear ese principio cuantitativo unificador de la Economía Política que le permiti6 formular postulados en términos del equilibrio general dd sistema económico, esto es, principios deterministas acerca de las relaciones generales existentes entre los elementos principales del sistema. Este principio unificador o sistema de principios generales presentados en forma cuantitativa constituyen, en Economía Política, una teoría del valor.

El problema de la adecuación de una teoría del valor, por consiguiente, no es otro que el de las condiciones que debe satisfacer ese conjunto de principios si éstos han de ser capaces de determinar el equilibrio o movimiento de todo el sistema. La respuesta puramente formal a esta cuesti6n es bastante conocida. El conjunto de principios debe tener la fonna (o, por lo menos, poder ser expresado en la forma) de un sistema de ecuaciones en el que el número de éstas, es decir, el de las condiciones conocidas, sea igual, ni más ni menos, al número de variables desconocich1s dentro del sistema. ~ste es, sin embargo, el requisito puramente formal. Para que la teoría pueda ser una base de predicciones relacionadas con el mundo real, no s6lo debe tener forma, sino también contenido. Además de ser elegante, debe tener "sustancia". Y lo que se requiere más .concretamente, cuando esas condiciones se expresan en términos realistas,

es menos familiar, y hasta puede decirse que es más frecuente ignorarlo que conocerlo ....

Un sistema de ecuaciones quiere decir que se hallan dehmdas CIertas relaciones que gobiernan, o conectan, a todas las variables dentro del sistema. Éstas son las generalizaciones de que se compone la teoría. Una condición formal para que este sistema de ecuaciones sea susceptible de solución, esto es, para que se puedan "despejar" las "incógnitas", o para asignarles valores concretos cuando se cuente con suficientes datos de la situación, cs la de que se disponga, dentro del sistema de ciertas cantidades de carácter "constante". El sistema en su conj~nto se determina, por supuesto, tanto por las relaciones que definen esas ecuaciones, como por aquellas "constantes". Pero las "constantes" son, en un sentido muy importante, la clave que da valores numéricos al conjunto. Son los datos que, conocidos e.n un caso particular, nos permiten calcular, por medio de las ecuaClOnes, la posición de todo el resto. La importancia de una "constante" no reside en el hecho de su necesaria inalterabilidad,5 sino en que es una cantidad que, en un caso particular, puede ser conocida *independientemente* de cualquiera de las otras variables del sistema. La "constante" tiene que ser algo que put'da postularse independientemente del resto. Es una cantidad, como si dijéramos, traída de fuera del sistema de hechos a que se refieren las ecuaciones; y, en un sentido importante, de ese factor externo es del que se hace depender toda la situación. Cuando se le conoce, puede calcularse plenamente la "forma" y "posición" de la situación, en virtud de que todas las incógnitas se expresen, en último análisis, en términos de su relación con ella, aunque, a su vez, no pueda ser expresada en función de cualesquiera de esas incógnitas. La cantidad representada como constante es, por tanto, determinante y no determinada, por 10 que se refiere- a este conjunto particular de circunstancias. Por ejemplo, h "constante de gravitación" que figura en la física newtoniana expresa la aceleración de un cuerpo como (en parte) una función de la masa, y en la medida en que la masa puede considerarse como algo independiente de la velocidad, aquélla es válida. No obstante, si (como parecen indicar las más recientes concepciones) la masa de un cuerpo varía, a su vez, con su velocidad, esta constante resulta inadecuada, en esa medida, como base para calcular los cambios de velocidad.

Tomar un pedazo del mundo real y analizado en esta forma equivale a declarar que ese pedazo es un "sistema aislado", en el sentido que sólo se halla conectado con el resto de los acontecimientos mundiales a través de ciertos eslabones definibles, de manera que si conocemos lo que acontece en cualquier instante a esos eslabones, podemas calcular lo que acontecerá al resto del "sistema aislado". Como ha dicho el profesor \Vhitehead, ello quiere decir "que existen verdades respecto a este sistema que sólo deben referirse al resto de las cosas por medio de un plan sistemático y uniforme de relaciones. De ese modo, la concepción de un sistema aislado no es la concepción de una independencia sustancial respecto del resto de las cosas, sino de la ausencia de una dependencia casual y contingente de otras circunstancias dentro del resto del universo".6

Es posible, por supuesto, crear abstractamente una infinidad de "sistemas aislados". Se pueden construir sistemas coherentes y saludables de ecuaciones observando únicamente las reglas formales e inventando las constantes necesarias que se requieren para determinar el conjunto, esto es, suponiendo' como independientes ciertas cosas, lo sean o no en realidad. En esta forma puede idearse un buen número de teorías del valor, sin que haya modo de elegir entre ellas a no ser por su elegancia formal. Éste es un juego fácil, demasiado fácil. Pero hay que reconocer que en el mundo de la realidad no e~is~en "sistemas completamente aislados". Es de esperarse, por consIgUIente, que una ley del valor, aunque debe estar sujeta a una crítica realista y no meramente formal, sea algo más que una aproximación a la realidad, capaz de servir de base a cierta clase de predicciones -no a todas- y de lograr cl más alto grado de generalidad compatible con la complejidad de los fenómenos que se investigan. El criterio último debe ·ser las exigencias de la práctica: la clase de problema concreto que trate de resolverse, el propósito que se tenga en la investigación.

Cuanto menor es el grado de generalidad que requiere el problema, más fácil es, frecuentemente, encontrar un principio adecuado al caso. Cuanto más particular y menos general es el problema, mayor será el número de condiciones circundantes que justificadamente pueden suponerse constantes. De ese modo el problema de determinar el resultado es relativamente sencillo, a condición de que pueda conocerse bastante de las circunstancias del caso. (Es verdad que, en caso de extrema particularidad, en la práctica se conocen generalmente muy pocas de las condiciones necesarias para predecir el resultado, de manera que puede ganarse en aparente simplicidad más de .10 que se pierde de conocimiento insuficiente.) Por ejemplo, si se qUIere determinar el precio a que se venderá el pescado en cierto mercado y en cierto día, sólo podremos saberlo si conocemos la oferpd de pescado en el lugar, los pasajeros deseos de las amas de casa y la cantidad de dinero que éstas están dispuestas a gastar en ese día. Todos estos elementos pueden ser tratados razonablcmente como independientes entre sí, y del precio a que se vende el pescado. Si, por otra parte, tomando un ejemplo de plazo más largo, se tratara de una mercancía particular aislada del resto, se podría considerar el nivel de salarios, el de ganancias y cl de la renta como factores

5 El profesor Ragnar Frisch ha dicho que cuando la teoría económica se expresa en una forma dinámica, y no estática, esto es, cuando se refiere al movimiento lo mismo que al equilibrio, algunos de estos "coeficientes que ejercen influencia" tienen ur¡carácter de "funciones dadas de tiempo" *(Review 01* Economic *Studies,* vol. III, nI' 2, p. 100.)

6 *Science* and *the* Modern *\Vorld,* pp. 58-$9.

independientes, como parte de los datos conocidos del problema y, en ese caso, bastaría una simple explicación basada en el "costo de producción" (dada una condición de, "rendimientos constantes") para determinar el resultado, Pero cuando se trata de la mayor parte de las mercancías o, por lo menoS, de grandes grupos, o cuando se considera no un corto periodo de tiempo, sino uno largo, .estos s~puestos simples se vienen abajo, ya que no es posible segmr consIderando como factores independientes aquellos que consideramos como tales en el caso particular. En el nuevo ya no habría justificación para usar el nivel de salarios, el de ganancias y la renta como constantes determinantes, por la razón de que el valor de las mercancías ejercerá influencia sobre esos niveles al mismo tiempo que éstos influirán sobre aquel valor. De esto se desprende, por consiguiente, que una condición esencial de la teoría del valor es que ha de resolver el problema de la distribución (que determine, esto es, el precio de la fuerza de trabajo, del capital y de la tierra), así como el problema del valor de las mercancías. Esto tiene que ser así, no sólo porque lo primero es una parte importante y hasta esencialísima de la investigación práctica de que se ocupa la Economía Política, sino porque 10 uno no puede determinarse sin 10 otro. En otras palabras, ni la distribución, ni el intercambio de mercancías, pueden ser estudiados correctamente como "sistemas aislados". Para expresado en términos más generales, un principio del valor que sólo exprese éste en términos de cualquier otro valor particular es inadecuado: las constantes determinantes *deben* expresar una relación *con* una cantidad que no sea el1a misma un *valor*. Ésta fue la razón por la que Ricardo rechazó las simples explicaciones en términos de "oferta y demanda", y por la que Marx desdeñaba la teoría del "costo de producción" de J. S. Mill. Esas teorías buscaban una explicación del valor en términos de cantidades que sólo podían ser consideradas como independientes en circunstancias que quitaban al principio toda su generalidad. En el caso de MilI, en términos de cierto nivel de salarios y de cierto tipo de ganancia para los cuales no aducía ningún principio independiente de determinación.[7] Ésta es la razón, también, de por qué Ricardo se empeilaba tanto en demostrar lo inapropiado del intento de Malthus para representar el valor de las mercancías en términos del valor de la fuerza de trabajo,[8] y de por qué Marx hizo a un lado tan bruscamente el relativismo de Bailey.[9]

7 Ver inEra, pp. 18-19, 97.

8 Ver inEra, pp. 63 *ss.*

9 Comentando favorablemente a Baile)', un escritor se ha referido recientemente a las "disquisiciones irracionales que dependen de una concepción cualitativa o monista de la naturaleza del valor de cambio" y se lamenta de que la teoría del valor "no haya sido más influida por la proposición de que el valor objetivo de cambio de una mercancía ha de hallarse en las otras mercancías por las que puede cambiarse (y no en una cualidad inherente diversa)". (Karl Bode, en Economíca, agosto de 1935.) Parece que este comentario ignora la cuestión esencial en la crítica de Bailey. El valor de cambio podda defínirse muy correctamente como "las otras mercancías por las que (una cosa determinada) puede ser cambiada"; y de ese modo lo definieron Ricardo y Marx. Pero de esto no se desprende que una teoría determinada del valor pueda formularse puramente en esos términos.

Existe, además, un requisito que merece una mención explícita, aunque sólo sea porque se olvida muy frecuentemente. Pare~e in~udable que, dada la naturaleza de su objeto y la clase de afIrmaCIOnes que necesita postular, una teoría económica debe ser cuantitativa por su forma. Si ello es así, es necesario que la relación o relaciones determinantes que figuran en el sistema de ecuaciones sean susceptibles de expresarse en términos de entidades cuantitativas del mun~o de la realidad. Dichas relaciones tienen que poder expresarse en dImensiones reales que permitan conocedas y tocadas materialmente. Esto es elemental, aunque no siempre se observa por aquellos que formulan principios sobre líneas puramente formales. Esto no quiere decir, forzosamente, que una teoría del valor necesite poner en relación el valor de cambio de las mercancías con alguna dimensión particular o con alguna entidad real, aunque en la práctica funcione como si esto tuviera que hacerse. Pero para formular cualquier postulado cuantitativo completo, esas entidades o dimensiones reguladoras a que se hallan conectadas las variables de precios deben estar a su vez relacionadas en tal forma que sea posible reducidas a un factor común. Por ejemplo, si las ecuaciones tuvieran que expresar el precio de una mercancía como una función particular de dos cantidades, *U* y V, se necesitaría saber qué relación existe entre *U* y V para que el principio tuviera algún significado preciso. (Si sabemos que la mercancía A, por ejemplo, es igual a SU y a IV, en tanto que la mercancía B es igual a 1*U* y *5V,* sería imposible, sin un mayor conocimiento de las relaciones entre *U* y V, afirmar que A es mayor que B, o que B es mayor que *A.)* Esto quiere decir, simplemente, que *U* y V deben ser susceptibles de expresión numérica. Por esta razón no sería suficiente para una teoría-costo del valor expresar éste como una función, digamos, del trabajo y la abstinencia, o de la cantidad de fuerza humana y de la cantidad de elementos naturales usados en la producción, a menos que la teoría fuera capaz de abarcar otra condición o dato que nos proporcionara un factor común para los dos elementos del costo. Y COn este propósito no sería legítimo asimilar el trabajo y la abstinencia o la energía humana y los elementos naturales en términos de sus valores de mercado, puesto que esto equivaldría a hacer depender las constantes determinantes, o los datos conocidos del problema, de las incógnitas por despejar. Del mismo modo, un principio que hace del valor una función del "deseo" y de los "obstáculos", necesita incluir otra condición como el postulado de que, -en equilibrio, los coeficientes diferentes del "deseo" y de los "obstáculos" (subjejtivamente estimados) son iguales. Éste es, evidentemente, el significado del énfasis que pone Marx en el tan mal construido primer capítulo de *El* Capital, respecto a la necesidad de encontrar una cantidad uniforme, que no sea ella misma un valor,

en términos de la cual pudiera ser expresado el valor de cambio de las mercancías. Y esto explica también una afirmación de Marx en **una** carta a Engels acerca de que, en su opinión, la aportación más importante de su primer volumen consistía en la diferenciación de fuerza de trabajo y trabajo,IO la primera como una mercancía representada P?r su valor y el último como una representación objetiva de la acti· vldad humana y como una entidad susceptible de expresión cuantitatIva mdependiente. Esto parece dar la explicación de por qué las dos t~orías del valor más importantes que se han disputado el campo economlco han procurado cImentar su estructura sobre una cantidad ajena al sistema de las variables de precios, e independiente de ellas: en un cas~ u.n elemento objetivo en actividad productiva; en otro, un factor subjetIvo subyacente en el consumo y en la demanda.

La Economía Política clásica encontró esta "constante-valor" fundamental en una relación de costo. El valor de cambio de una mero, cancía se definió en el sentido puramente relativo de la cantidad de otras mercancías por las que se acostumbraba cambiar. Pero la solución de este siste~la de relaciones de cambio se buscó en el principio de que esas relac:ones se hallaban regidas, en último análisis, por la cantIdad de trabaJO requerida (en determinadas condiciones de la sociedad y de la técnica) para producir las mercancías en cuestión. E:sta fue la s?lución que constituyó la famosa teoría del valor-trabajo. Antes de RIcardo, este principio no había sido enunciado en una forma completa y clara. Con mucha frecuencia se formulaba oscura y hasta ambIguamente. Adam Smith se había referido tanto a la cantidad como al *valor* del trabajo usado en la producción.[11] La concepción del trabajo de Ricardo y Marx era de carácter objetivo; se le concebía como el gasto de una determinada cantidad de energía humana, por más que, corriendo el tiempo, esa concepción fue traducida a términos subjetivos como el "sacrificio" mental o la "pena" psíquica que implica el trabajo. Examinada objetivamente en esta forma, la relación determinante no es una relación de valor, sino de carácter técnico. En cualquier situación técnica determinada existe

10 Marx-Engels Correspondence, pp. 226 Y 232.

11 Por ejemplo: el valor "es igual a la cantidad de trabajo que pueda adquirirse o de que pueda disponer"; y "el precio real de cualquier cosa, lo que realmente l~ cuesta al ,~ombre que quiere adquirirIa, son las penas y las fatigas que su adquisiCIón supone (Inves.tlgacl(ln sobre la naturaleza y causas de la riqueza de *las* naClOne" F.C.E., MéXICO, 1958, p. 31). Ricardo al referirse a esto, decía que Adam Smlth habla algunas veces "no [de] la cantidad de trabajo empleada en la prodUCCIón de cualquier objeto, sino la cantidad que puede ejercer su capacidad adquisltJva en el mercado: como si ambas fueran expresiones equivalentes y como si, debIdo a que .el trabajo de un hombre se ha hecho doblemente eficiente y él pudIera, prodUCIr en consecuencia doble cantidad de un bien, tuviese que recibir, a cambIO de éste, el doble de la cantidad que antes recibía" (Principios de economía política y tributaci6n, F.C.E., México, 1959, p. ll). En sus Letters to Mallhus (ed. Bonar, p. 233), Ricardo escribe: "Dice usted que una mercancía es cara porque puede dlspon~r de una gran cantidad de trabajo; yo digo que sólo es cara cuando se ha consumIdo una gran cantidad de éste en su producción."

un factor conocido, sinónimo del grado de productivid~ld. del trabajo, e independientemente del valor de la fuerza ,de trabajO (es citcn, el nivel de salarios). Por otra parte, es una relaClOn susceptIble el,? ser expresada cn términos de "más grande" o de "menos grande . Y si se suponen condiciones de "rendimientos constantes", a~lueJ1a relación es, también, independiente de la demanda: la productIVIdad del trabajo en términos de las mercancías A o B no se afecta por más demanda que haya de A y poca de B, o mucha de B y poca de A.

Este principio de la identidad de las ~e~aciones de va.lor con las relaciones de trabajo descansa en las condICIOnes que defmen la ~laturaleza de las tendencias dominantes en una SOCIedad en que unpera el cambio. En una sociedad co~o ésta, caIJcterizada por l~ división del trabajo, por la competencIa y por ~a n:~vlhdad de l?s . recursos, la competencia se encarga de, la dlstnbuclOn del trabajO entre las diversas ramas de la producclOn, de tal manera que esas relaciones sean iguales. Dependía, por. consigui.ente, de una ,concepción particular del equilibrio d: sem~¡ante sOCIedad, dependla d~ la concepción de un nivel de salanos ~l1ltorme para el traba]? de calIdad uniforme, aunque no de que ese mvel fuer~ constante. Sll~ embargo, el principio quedó sujeto a dos salvedades Imp~r~antes. Pnn:e:o, respecto a la tierra, sólo era verdader~, en condlclOne~. margma1es de producción o respecto de la producclO,n en las CO~dlc.lOnesnaturales imperantes menos favora~les. Esto tema que, ser aSI, clertament~, p~r lo que se refiere a cualqUIer f~rma. ~e la ,teoua-costo. Se,gu~do, ImplIcaba el importante supuesto slmphflc~dor de que la relaclOn entr~ ,el trabajo y el capital empleado en las dIferentes ,ra.mas de la prod~,cclOn era igual en todas partes: lo que Marx llamo Ig~aldad de l.a composición orgánica del capital", o lo que .econ~mlstas post~,nore.s .habrían de bautizar con el nombre de la umformldad de los, coefICIen. tcs técnicos". Este supuesto quería decir que e~ valor solo era una aproximación abstracta a los val~res de cambIO concretos. ,Se ıha sostenido, en general, que esto tema que ser. fatal parala teor~a. Fue éste, además, el cargo qu.e B6hm-B~",:erk l~lzo a ~arít. ,Y, s~n .embargo, todas las abstraCCIOnes contmuan sle?do sImples aploxl,n:a-ciones a la realidad (ésa *es* su naturaleza esencIal), y n~ es una. cntIca de la teoría del valor decir sólo que son eso. La cuestIon de SI semejantes supuestos están o no auto:iza.d?s, depende del. carácter o n,a~uraleza del problema a que el prmClplO pretende apl~carse. La cn.tIca sólo *es* válida si demuestra que los supuestos ImphCItos. no permIten que la aeneralización sirva de base a aquellos corolanos .que debe sustenta~. Frecuentemente se dice que Ricardo no aprec16: por lo menos en la primera edición de sus Principios, la importanCIa de los supuestos implícitos en ellos. Se ha llegado hasta a sugcnr que .Marx no se dio cuenta de la salvedad fundamental, y que, para eluda una dificultad que no había observado previamente, escrib;ó su tercer volumen, cuyo resultado fue la sustitución de la teoría anterior por una nueva que era imposible distinguir de la teoría del "costo de

producción" de Mill.[12] Pero éstas son presunciones infundadas y hasta temerarias. Es mucho más razonable suponer que Ricardo sólo mencionó de paso la hipótesis calificativa en su primera edición, no porque la desconociera, sino porque la consideró poco importante para el propósito que se había señalado. Hoy día muy rara vez se recuerda que la Economía Política clásica se ocupaba de lo que podemos llamar los problemas "macroscópicos" de la sociedad económica, y sólo muy secundariamente de los "microscópicos" en forma de movimiento de precios de mercancías particulares. Y Ricardo nunca pretendió que su principio fuera adecuado para determinar los últimos. Pero, más que otros, Ricardo se ocupaba ante todo de los problemas de distribución (del movimiento de los más grandes ingresos de la socicdad: renta, ganancia y salarios) y de los valores de las mercancías en relación con ésta.[13] Por consiguiente, no se ocupaba de los valores de mercancías particulares, sino de grupos muy amplios de mercancías como las comprendidas en la producción agrícola o en la manufactura, o de las mercancías de un lado y del dinero por otro. Consideraba que su aproximación era adecuada para esta clase de problemas y que tenía el grado de generalidad que ellos requerían. Así sucedió con f\1arx respecto al alcance del problema tal como lo formuló en su primer volumen. Cuando estudió el problema de los precios de mercancías particulares en su volumen III por medio de una aproximación posterior en la forma de su teoría del "precio de producción", había esta diferencia esencial respecto de la teoría del costo de producción de MilI. Marx ha criticado esta última porque dejaba sin explicar el propio "costo de p~oducción". Mill había definido el costo de producción como los salanos pagados por e! trabajo más un tipo medio de ganancia, sin dar ninguna explicación de la determinación del tipo de ganancia ~ismo.[14] En la teoría del "precio de producción" de Marx, la ganancIa. hgura com? una cantidad determinada por medio de la ley de la pnmera aprox?-mación, tal como quedó formulada en e! volumen I. La ganancIa dependía del excedente o diferencia entre el valor de la fuerza de trabajo y el valor de las mercancías terminadas. En este punto fundamenta1, la segunda aproximación dependía de la primera (como dependen, por ejemplo, en física las sucesivas aproximaciones de la ley de proyectiles), sin que hubiera contradicción en sus aspectos esenciales. Se consideraba que la solución del problema "microscópico" dependía de la solución del problema "macroscópico", es decir, que e! fenómeno microscópico era gobernado (con las modificaciones apropiadas) por la ley macroscópica. La teoría de la gravitación no es ni absurda ni inútil sólo porque requiere una modificación sustancial para explicar por qué las aeronaves pueden sostenerse en el aire.

La importancia esencial de este principio del valor-trabajo consistía en que podía ser empleado para determinar e! valor de la misma fuerza de trabajo (dentro de ciertas condiciones dadas). La cuestión fundamental, al modo de ver de Ricardo y Marx, era ésta: ¿qué determina la dif-erencia entre la fuerza de trabajo y el valor de las mercancías en general? Por ejemplo ¿si los salarios se elevan, se reducirá la diferencia o subirán pari passu los precios de las mercancías? La ganancia, y a la vez e! tipo de ganancia, dependían de esa diferencia. -Si ésta podía ser determinada, entonces no sólo se encontraba la clave de! problema de la distribución, esto es, del problema de las variaciones de los ingresos de las clases sociales, sino que los elementos constitutivos de! "costo de producción" de Mill y los de! "precio de producción" de Marx, quedaban también determinados.

Puede decirse, sin embargo, que éste seguía siendo todavía un modo formal de estudiar el problema. A un nivel suficiente de abstracción, cualquier principio puede llegar a tener una consistencia formal, sin que ello quiera decir que tenga valor real. ¿Por qué la teoría-costo del valor basada en el trabajo, que es reconocidamente uno solo de los factores de producción de la riqueza, habría de tener una categoría superior a cualquiera otra teoría-costo que pueda imaginarse, por ejemplo, la que toma e! capital o la tierra como la cantidad determinante? Considerar solamente el trabajo es, indudablemente, un dogmatismo arbitrario. ¿No es dejar implícitas las consecuencias en este supuesto inicial sin aportar un fundamento independiente para comprobar que esas consecuencias son verdaderas? En último análisis, ésta es, ciertamente, una cuestión práctica y no formal. La exactitud de un principio económico consiste en que, no obstante hacerse abstracción de ciertos aspectos del problema, se hace para centrar la atención en las características fundamentales de esa parte del mundo real a la cual pretende aplicarse la teoría.

En el caso de la tierra y de! capital había evidentemente muy serias objeciones prácticas para tomados como base, las cuales habrían sido superiores a cualquiera de las que se presentaban a la teoría del valor-trabajo. La Economía Política clásica había llamado ya la atención sobre el carácter heterogéneo de la tierra, y las diferentes calidades de ésta, junto con su escasez, servían precisamentede.base a la teoría clásica de la renta. Entre una hectárea y otra hay más diferencias que entre las horas-hombre de trabajo. En el caso del

12 Que este punto de vista es incorrecto, queda suficientemente demostrado por e! hecho de que en su Miseria de la filosofía, publicado varios años antes de! pnmer volumen del Capital, Marx sostuvo que una elevación de salarios tendría efectos diferentes sobre diferentes industrias, dando lugar a una elevación de precios de los artículos en algunas y reduciéndolos en otras, debido al hecho de que "la relación entre el trabajo manual y el capital fijo no es la misma en las diferentes industrias". Ver inha, pp. 55-56.

13' Ricardo escribía a Malthus: "usted cree que la Economía Política es una investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza; yo, por mi parte, considero que más bien fodria llamarse una i¡lVestigación de las leyes que determman la división de los productos de la industria entre las clases qne concurren a su formación". (Letters to l\falthus. p. 175.) En el prólogo de sus Principios, escribe: "La determinación de las leyes que rigen esta distribución es el problema primordial de la Economía Política" (Principios, ed. cit., p. 5.)

14 Ver infra, p. 97.

capital había una objeción todavía de mayor peso: la. de que, en sí mismo, es un valor que depende de otros valores, partIcularmente de las ganancias por obtenerse; ¿cómo, pues, podía usarse como b~se esta cantidad para dar una explicación clara y precisa de la ganancIa? Si, por otra parte, había que usar el ténnino para designar no un valor, sino las cosas concretas -máquinas, estructuras, etc.- que los valores-capitales representan, entonces sólo podrían tener, en este sentido, una significación cuantitativa como "trabajo acu~ul~do". En cuanto a la combinación de estos factores para constItUIr un principio compuesto del costo se presentaba, además, la objeción de la falta de un término común mediante el cual establecer una relación entre estas diversas cantidades. Semejante principio había quedado viciado por un dualismo esencial. Aun atribuyendo a la tierra un carácter homogéneo ¿cómo compaginar, por ejemplo, las horas-hombre, las hectáreas y las unidades de capital?

Existe, sin embargo, una razón práctica todavía más decisiva. Que el trabajo constituye un costo en un sentido único es, naturalmente, un supuesto; pero un supuesto nacido de un punto de vista particular acerca de 10 que es la esencia del problema económico. Como tal no es una definición arbitraria, sino un intento de poner al descubierto la forma esencial de los acontecimientos reales. Para juzgarla hay que tener en cuenta, en último análisis, su eficacia para conseguir su propósito. Toda teoría del valor constituye necesariamente una definición implícita de la forma general y del carácter del terreno que se ha decidido llamar "económico". Lo esencial del problema económico, de acuerdo con esta teoría y con la opinión tradicional, consiste en la lucha del hombre con la naturaleza para arrancarle el sustento según las diferentes formas de producción a través de las diferentes etapas de la historia. Como lo dijo Petty, el trabajo es el padre y la naturaleza la madre de la riqueza. El contraste entre la actividad humana (dotada de gran significación como la iniciadora y generadora del cambio y del incremento) y el proceso de la naturaleza es fundamental para esta relación. Si cuando hablamos del problema económico nos referimos no a su carácter formal, sino a su contenido real, e intentamos señalar un elemento común a las diversas formas que ha adoptado la lucha económica en las diferentes etapas de la historia, es difícil encontrar un principio que no incluya como elemento fundamental esta relación siempre cambiante entre el trabajo y la naturaleza, y el contraste fundamental entre estos dos factores. Y si tratamos de dar una expresión cuantitativa a esta relación -el dominio de la naturaleza por el hombre- es difícil hallar otra noción simple que no sea el gasto de energías humanas (en un detenninado estado de la sociedad) como requisito para producir cierto resultado. Una de las primeras distinciones de la Economía Política fue la de "riqueza" y "valor", cuya importancia residía en señalar que mientras la actividad humana y la naturaleza producían riqueza, el valor, siendo una relación social, es atributo

de la actividad humana y no de la naturaleza. La esencia del valor, en otras palabras, por contraste con la riqueza, se concibió como costo, en tanto que el trabajo, por contraste con la naturaleza, como la esencia del costo. El trabajo concebido objetivamente como el producto de la energía humana, era la medida y la esencia .de la "dificultad o facilidad de la producción" de que hablaba RIcardo. Este contraste entre trabajo y naturaleza, concebido paralelan:'ente ~l c0!ltraste entre valor y riqueza, era, francamente, una nOCIón pnm~na, respecto de la cual la consideración de que el hombre es un ammal que emplea herramientas y que construye instrumentos para aumentar su poderío sobre las fuerzas naturales (de donde se deriva la distinción entre trabajo dedicado a la creación de instrumentos y trabajo dedicado al uso de éstos) era secundaria. Todo esto es demasiado elemental. Pero al mismo tiempo es suficientemente fundamental para cualquier concepto de valor que desconozca que est~s nociones simples tienen un alcance muy limitado para sustentar afIrmaciones respecto del proceso esencial del mundo real.

Por consiguiente, la decisión de si el trabajo es un costo en un sentido único, es una cuestión práctic~, no lógica. Cierto, la actividad humana es, por una parte, el trabajo que se incorpora en las herramientas e instrumentos y, por otra, el trabajo que se destina al uso de estos instrumentos para la producción directa y ordinaria de mercancías. Pero si la obtención de los instrumentos y su posterior mantenimiento y reparación, representa un costo en este sentido fundamental, no existe un costo comparable en el mero uso (distin to de su desgaste) de estos instrumentos, o en el mero aplazamiento de su uso en el tiempo.[15] Como el mismo B6hm-Bawerk ha dicho (criticando la teoría-uso del interés), "por la transformación de la energía disponible en trabajo es como el hombre puede 'usar' los bienes"; no existe ningún otro sentido del "uso" que el de "emplear fuerzas físicas" o energía; y "para cualquier uso de los bienes distinto del de los servicios naturales materiales que pueden prestar no hay sitio ni en el mundo de las ideas lógicas ni en el de la realidad".16 Por consiguiente, apoyándose en esta simple pero fundamental caracterización de la actividad económica, el principio del trabajo no nos proporciona meramente un concepto formal; fonnula una importante declaración cualitativa acerca de la naturaleza del problema económico (declaración cualitativa que a menudo se confunde con una de carácter ético), impartiendo las implicaciones de esta declaración a sus corolarios. Lo mismo puede decirse, ciertamente, de la teoría basada en la utilidad, aunque el principio cualitativo que formuló era de un orden completamente diverso, ya que se refería no a relaciones de producción, sino a la relación de las mer-

15 La cuestión del "costo real" considerada subjetivamente como algo psicológico y, por consiguiente, de la llamada "abstinencia", es un problema distinto que examinamos separadamente más adelante.

16 Capital e Interés, F.C.E., 1948, libro m, cap. 11.

cancías con la psicología de los consumi?ores. Al eX'p.res~rel valor como una función de la utilidad caractenzaba el eqUllIbno -al definido como equilibrio de una ¿lase específica- r.el~cionán~olo, en cierto modo, con un "máximo" de utilidad (princIpIO que tIe~e un significado completamente independiente de todo postulado. étIco o moral). El principio implícito en la teoría del valor-trabajo es. ,el de que los valores de cambio tienen cierta relación con la producclon y el gasto de energía humana, procurándonos de ese modo un término que dio algún significado a la distinción entre producto bruto y producto neto, lo mismo que al concepto del excedente. Nos procuraba, también, un criterio para diferenciar una clase de ingresos ~e otra. De ese modo es posible distinguir, en esos. términos, las relac~ones de cambio que representan una tran;ferencla de valores eqUl~alentes de aquellas que no tienen ese caracter, como sucede, por ejemplo, en la venta de la fuerza de trabajo que supone el cambio de un ingreso por las energías humanas consumidas en la producción, en contraste con la venta de los derechos de propiedad sobre el uso de recursos escasos, en la que no hay transferencias de equivalentes y que no constituye un ingreso "necesario" en el sentido fundamental en que es necesario un ingreso para la subsistencia de los trabajadores o para reintegrar a la máquina un valor igual al de su desgaste (en un sentido físico). y si existe una distinción tan radical como ésta, ¿no es muy importante determinar el comportamiento de los diferentes ingresos de las clases sociales y la reacción de }os cambios, econóI?ic.os sobre ellos? Sin un concepto de valor como este, la teona economlca no puede establecer las distinciones fundamentales de esta clase. Con otro principio de valor distinto desaparecen; y, como veremos más adelante, en la moderna teoría subjetiva del valor, el mismo concepto del excedente, en contraste con el costo, pierde todo sig~ificado esencial, lo que nos priva de un criterio para establecer cualqUIer distinción fundamental entre los ingresos de las clases sociales.

Ricardo sólo percibió vagamente los requisitos que debe satisfacer una teoría del valor. Por lo menos, no hay prueba de que apoyara ésta en ninguna metodología desarrollada. Pero a pesar de todo es evidente que, en lo esencial, el instinto de su mente, robustamente analítica, era certero. Es indudable, sin embargo, que Marx fue mucho más sensible al problema metoGológico que sus contemporáneos y todavía más que la mayor parte de sus sucesores. Su análisis de la sociedad capitalista arrancaba de una filosofía general de la historia en la que, puede decirse, quedaron combinados el énfasis descriptivo y clasificatorio de la escuela histórica, y el énfasis analítico y cuantitativo de la Economía Política abstracta. Más destacadamente que en Ricardo, su preocupación era el curso que seguían las principales fuentes de ingreso de las clases sociales, que consideraba como la clave de "las leyes del movimiento de la sociedad capitalista" y cuyo análisis se había propuesto revelar antes que nada. Para este propósito consideró que su principio del valor era tan completamente adecuado como necesario. Que tanto él, Marx, como Engels, se daban plena cuenta de las limitaciones y ~e ~os requisit.os de las abstracciones que usaban, lo revelan los sIgUIentes pasajes en los 9ue su teoría comÚn de las funciones de la abstracción en el pensamIento y en la práctica se pone de manifiesto. " ... Pretender for~.arse una imagen ideal exacta del sistema del mundo en que, VIVImos, ~s una quimera, y lo mismo que lo es para nosotros lo sera para los tIempos venideros ... Los hombres se ven, pues, colocados ante esta contradicción: de una parte, acuciados a investigar el sistema del mundo, apartando todos sus nexos y concatenaciones y, de otro lad?, en el trance en que les sitúa su propia naturaleza y la naturaleza mIsma del sistema del mundo, de no poder resolver jamás por completo ese problema ... El hecho es que toda imagen conceptual del sistema del mundo es y seguirá siendo siempre objetivamente, por imperio de la situación histórica, y subjetivamente, por queredo así la contextura física y espiritual de su autor, una imagen limitada ... Las matemáticas puras versan sobre las formas en el espacio y las relaciones cuantitativas del mundo exterior, y, por tanto, sobre una materia muy real. El hecho de que esta materia se nos presente bajo una forma sumamente abstracta, sólo superficialmente puede hacemos creer que no tiene su origen en el mundo exterior. Lo que ocurre es que para poder investigar esas formas y relaciones en toda su pureza, es necesario desligadas completamente de su contenido, dejando éste a un lado como indiferente".17 En una carta a Conrad Schmid t, discutiendo específicamente la teoría del valor de Marx, Engels escribía: "La concepción de una cosa y su realidad corren lado a lado como dos asíntotas, acercándose siempre, pero sin tocarse jamás. Esta diferencia es la que impide que el concepto llegue a ser directa e inmediatamente realidad y que la realidad llegue a ser inmediatamente su propio eóneepto. Sin embargo ... [el concepto] es algo más que una ficción, a menos que quiera usted declarar ficciones todos los resultados del pensamiento".18

Pero no muchos años después de la publicación de *El* Capital, apareció una teoría del valor rival que había de conquistar el campo con muy poca resistencia. Era la teoría de la utilidad que parece haber germinado simultáneamente en muchos cerebros, y la cual fue enunciada por Jevons en Inglaterra y por Menger, "Vieser y Bohm-Bawerk, de la escuela austriaca. La nueva teoría tenía el atractivo de la ingeniosidad y de la elegancia, combinadas con el de la novedad (aunque, como muchas ideas, ya se había vislumbrado). Su descubrimiento se debió, en parte, al uso de los conceptos del cálculo diferencial, con su énfasis sobre los incrementos de una cantidad y sobre el ritmo de ese incremento. Parece claro que, por lo menos Bohm-Bawerk, se dio cuenta del problema que la teoría clásica in-

17 Enge1s, Anti-Duhring, pp. 26-28. Trad. española, Ed. Cenit, S. A. Madrid, 1932.

18 Marx-Enge1s Correspondence, p. 527.

tentaba resolver. Muy parco, y hasta mezquino, para rendir tri?uto a Marx, siquiera por haber formulado el problema. con exactItud, todo indica que su teoría fue constrmda para dar dnectamente una respuesta distinta a las cucstiones que Marx había planteado~ Por lo menos, es un hecho muy curioso que dentro de los dI~Z anos q,ue siguieron a la aparición del primer volumen de *El* CapIt~l, no solo se- enunciara independientemente por varios .esc~itores, sI.n? que el nuevo principio encontrara lina ian extraordmana receptIvIdad que sólo muy pocas ideas de novedad semejante han encontrado. La influencia de Marx sobre la teoría económica del siglo XIX, aunque sólo sea por la oposiciÓn que suscitó, parece ser mucho más profunda de lo que es elegante ,admitir. .

La utilidad, como algo individual y subjetivo, era la cantIdad en que esta nueva teoría empotraba el valor. Éste se expresaba co~o una función, no de la utilidad considerada como un agregado, S1110 del incremento de utilidad en el margen de consumo. En lugar de una relación objctíva de costos, que existe detrás de la producción, se seIíalÓ una relación subjetiva entre las mercancías y los estados individuales de conciencia como la constante determinante del sistema de ecuaciones. Como lo ha dicho el profesor Pigou, las "constantes económicas" se conciben como "dependiendo de la conciencia humana".19 De este modo, se 'decía, se logra un mayor grado de generalidad del que era posible para la Economía Política. clásica. La nueva teoría era aplicable independientemente de cualesqmera que pudieran ser las combinaciones técnicas de los factores de producción, sin que, por tanto, se viera restringida por supuestos como. ~l de "la composición orgánica del capital". Pqr esta razón, era sufrcIente para determimr simultánea y completamente tanto la configuración "macroscópica" como la "nqicroscópica" de la sociedad económica. Muchos se apresuraron a sostener que puesto que los instintos fundamentales de la conciencia humana seguían siendo los mismos, el principio era válido para cualquier clase de sociedad económica. Para los economistas académicos negó a ser, como ha dicho Wicksell, algo así como una revelación. Pero al mismo tiempo establecía ciertos supuestos limitativos propios de carácter y significación muy diferente a los del principio clásico. Entre esas limitaciones una se destaca particularmente. Puesto que los estados de conciencia, se decía, sólo pueden encontrar expresión en términos de valor, usualmente en términos de dinero, tiene que-hacerse abstracción de las diferentes posiciones resultantes de los ingresos de los diferentes individuos. Los consumidores tenían que ser considerados abstracción hecha de su carácter de productores, y viceversa. El problema del valor había que tratarJo como si pudiera ser resuelto independientemente de los efectos de la distribución de los ingresos sobre la demanda. De no hacerla así, la curva de la demanda no podía ser considerada solamente

19 *Economics ot* Weltare, p. 9.

como una función de la utilidad y como independiente del valor de las mercancías y de los agentes de la producción. Esto había de conducir a muchos escritores a sostener que el principio sólo podía ser íntegramente aplicable a una sociedad de ingresos iguales, es decir, a una sociedad en la que no fuera menester explicar el problema de la distribución. Wieser se vio orillado a definir el "valor natural" como la relación de cambio que regiría en una sociedad comunista. Es más, tomando como fundamento un hecho de la conciencia individual, el principio no sólo separa los atributos de una persona considerada como consumidor de los que tenía como productor y receptor de ingresos, sino que hacía abstracción de todas 'las influencias sociales sobre el carácter del individuo, es decir, de todas las reacciones de la sociedad de que forma parte y de las relaciones económicas en que interviene de acuerdo con sus deseos y aversiones, sus placeres y sus esfuerzos. La importancia de esta abstracción será estudiada después con más amplitud; pero era completamente inevitable que los corolarios de semejante principio habían de tener un sesgo individualista, puesto que los supuestos que le servían de soporte encerraban una descripción individualista de la sociedad humana. Que esta descripción sea o no justificada, no es una cuestión formal o lógica, sino una cuestión de hecho.

Se ha discutido si la utilidad así definida puede ser considerada propiamente como una cantidad. Nosotros no necesitamos intervenir en la discusión por la escasa importancia que tiene para el propósito que nos proponemos. Quizá 10 más acertado sea definirJa, independientemente de su carácter de hecho mental, en cierta forma que nos permIta atribuirle 10 que Kant llamaba "magnitud intensiva" y concebirla, así, en términos de "mayor o menor" .20 Si una vez definida de ese modo nos preguntamos si es algo que existe, tenemos que respondemos que eso es otra cuestión. Por el momento, el problema de su existencia como una entidad no debe preocuparnos. Si existe, sólo puede tener importancia económica cuando se la exprese objetivamente a través de la conducta de un individuo cn el mercado, en un acto concreto de compra o venta. La actividad mental inmediata que tiene lugar detrás de un acto semejante de compra se considera algunas veces como un "deseo" (los behavioristas, posiblemente, la llamarían una reacción de la conducta) para distinguirla del hecho más fundamental de la conciencia al que se aplica el término satisfacción o utilidad. En Inglaterra la teoría subjetiva del valot ha descansado por mucho tiempo en una base tan endeble que Marshal1la escondía en una nota al pie de una página. Pero el hecho, para sorpresa nuestra, ha pasado inadvertido para muchos. Su premisa consiste en la identificación del "deseo" Con la "satisfacción". Como

20 Consúltese un artículo de O. Lange, publicado en *Review ot* Economic Studies, de junio de 1943. También una réplica a ese artículo en la misma revista, correspondiente a octubre de 1934, así como un artículo de W. E. Armstrong, en *The* Econornic ¡ouma], de septiembre de 1939.

ha dicho Marshall: "tenemos que volver a la medida que suministra la economía, o sea la del móvil o de la fuerza que mueve a la acción, y p'odemos hacerla servir, con todos sus defectos, tanto para los deseos que engendran actividades, como para las satisfacciones que de ellos resultan" .21 El profesor Pigou ha defendido esta identificación como una aproximación suficiente, verdadera, por 10 demás, respecto a la "mayor parte de las mercancías, especialmente aquellas de amplio consumo que son necesarias para la alimentación y el vestido" .22 Sin este simple supuesto no hay fundamento para expresar la demanda corno una función de la utilidad ni para conectar, por consiguiente, el fenómeno del valor con esa cantidad. Hasta qu.é grado es posible considerarlos conectados aún con una menor aproXImación, será objeto de nuestra crítica en otro capítulo.

Corno se ha dicho, cada día va estando más a la moda descartar la utilidad por considerarla una entidad imprecisa o superflua. La "satisfacción" y otros estados mentales más profundos se abandonan a la psicología o la ética y se busca un fundamento material en la trama más resistente de los deseos, de las escalas empíricas de preferencia y de las reacciones de la conducta. Los precios son la resultante de ciertas curvas de precios de demanda, de ciertas ofertas del mercado empíricamente observadas, en tanto que la economía, o ciencia "cataléctica", '" se presenta como la última palabra de la pureza anormal y de la objetividad científica. Pero ¿es legítima esta válvula de escape? ¿Es compatible con los requisitos que debe satisfacer una teoría del valor? En un plano puramente formal, por supuesto, se pucde hacer que las ecuaciones sean completamente adecuadas: las "constantes" necesarias pueden definirse como "constantes", y ésa es la conclusión lógica del asunto. Pero otra cuestión muy diferente es la de que esas ecuaciones, cuando se les da una interpretación realista, puedan resultar congruentes con los corolarios que es necesario establecer. ¿Qué otra cantidad nos queda, independientemente de los movimientos del valor, sobre la cual podamos hacer descansar nuestro sistema? ¿Cómo determinar la demanda si ésta deja de ser una función de la utilidad? ¡Mediante las escalas de preferencia empíricamente observadas que tienen una sospechosa apariencia de ser la misma entidad con un nombre diverso! Estas escalas de preferencia no descansan necesariamente en el instinto ni en una racionalidad básica. ¿Qué garantía tenemos de que sean las creadoras más bien que las criaturas del precio de mercado? ¿No serían aplicables a este caso la mayor parte de las objeciones que se hacen a las explicaciones del tipo "oferta y demanda"? ¿No es esto peligrosamcnte parecido al intento de formular la "constante de la gravitación" sin el concepto de masa, sustituyéndolo, digamos, por oho como el de la "propensión a la atracción" de un objeto? Si esta crítica es válida, 10 que nos queda, entonces, es una técnica formal que puede emplearse para explorar las implicaciones de ciertas definiciones y para hacer una descripción y una clasificación de ciertas clases de relaciones de valor que permitan fijar tendencias realistas y hacer pronósticos apoyados en los datos proporcionados por la realidad en el caso de ciertos problemas particulares examinados separada y aisladamente, pero que es impotente para emitir un juicio respecto a los fenómenos "macroscópicos" de la sociedad económica. Una ley económica no es meramente una sentencia condicional que declara que si una situación se define de este o de aquel modo, debe tener necesariamente este o aquel atributo. Eso no sería más que una tautología. Como ha dicho Cannan al estudiar la "ley de los rendimientos decrecientes",23 una ley o tendencia económica debe expresar la probabilidad de que los acontecimientos tomen determinado camino. Y para hacer afirmaciones de esta clase, es para 10 que debe ser adecuada una ley del valor. De 10 contrario, cualquiera que sea su elegancia formal, no es acreedora a ese nombre.

Ya hemos mencionado que existe un aspecto fundamental en el que cualquier clase de teoría-demanda, bien o mal fundada, parece ser necesariamente .inferior a un principio basado en el costo como base de interpretación de los hechos económicos. Y es que el concepto de exceden te sólo puede llegar a tener significado en términos de este último. Sin ese principio (o algo semejante a él) no puede existir un criterio de diferenciación entre los ingresos de las clases sociales. La razón de ello es que el principio del costo hace fundamentalmente una declaración respecto a la naturaleza de las actividades productivas (respecto a la relación entre los hombres y la actividad productiva), en tanto que una teoría-demanda es una generalización acerca del consumo y del cambio, acerca de la relación entre los hombres como consumidores y las mercancías resultantes de la producción. Cualquier problema que incluya el concepto de excedente es un problema acerca de la conexión entre un ingreso dado y la actividad productiva. Lleva implícito, por consiguiente, un concepto de costo. Costo y excedente figuran aquí como términos correlativos. Un principio que interpreta el valor puramente en términos de demanda sólo puede definir la "contribución" productiva de una persona o de una clase de acuerdo con el valor de lo que resulta; no puede definirla de acuerdo con la actividad o proceso en que la contribución se origim, puesto que no incluye ninguna declaración acerca de una relación productiva de esta clase. Por consiguiente, cualquier participante en la producción que logra un precio,

21 Principios, vol. 1, p. 140. Traducción española, Biblioteca de Cultura Económica, Barcelona.

22 Economics *ol* Welfare, primera edición, p. 2,.

• El filósofo y economista inglés RichardWhately hace observ~r que el nombre "más descriptivo, y en conjunto menos expuesto a objeciones", para la economía politica, es el de "cataléctica" o ciencia del cambio. [T.]

23 Historia de las teorías de la producción y distribución, 2~ ed., F.C.E., México, 1948, pp. 18, *ss.*

cualquier agente que figura en el mercado, tiene que haber hecho necesariamente una "contribución", considerando ésta como sinónimo del valor que los consumidores han atribuido a su servicio directa o indirectamente. El valor que contribuye al proceso de la producción, no sólo está representado por el trabajo .de. ,los tejedores, por la hma que alimenta los telares y por la deprecIaclOn de la maquinaria, sino también por el uso de los recursos escasos. Aun cosas como la reputación o buen nombre, el tiempo y los riesgos, pueden representar contribuciones de valor, puesto que éstas consisten en la suma total de condiciones que, además de ser esenciales para la producción, son escasas. Si una cosa logra un precio, es que necesariamente presta un servicio. La suma total de valores con que se ha contribuido (por 10 menos en condiciones de competencia) debe ser igual al valor del resultado, y toda la investigación concerniente a la "plusvalía" pierde, por ello, todo significado.

Pero la investigación pierde su significado por la forma en que se plantea el problema y no porque deje de referirse a algo del mundo real. Ciertamente, los conceptos de costo y de excedente no son meras categorías abstractas, producto de cierto modo de pensar, sino que son de los más importantes y de los primeros que fueron objeto de la investigaci6n econ6mica. Existían ya cuando la Economía Política se hallaba todavía en su etapa puramente descriptiva. Mientras que el costo y el producto bruto pudieron ser representados en términos de la misma cosa, el concepto pudo expresarse fácilmente sin la intervenci6n de una teoría del valor. En una granja se consume cada año cierta cantidad de granos para el sostenimiento de hombrcs y animales. Anualmente se siembra también determinada cantidad de semilla. Al terminar la estaci6n, la cosecha resulta superior a 10 que se ha consumido para producirla. La diferencia constituye el excedente, o producto neto, en el que tanto énfasis pusieron los fisiócratas considerándolo como el nervio de la sociedad y el determinante del nivel de civilización que puede alcanzar una sociedad. Pero cuando se· trata de la lana que alimenta los telares, de la harina que consumen los tejedores y de la tela que se obtiene como resultado, la diferencia entre la primera cantidad y la última sólo puede ser expresada en términos de valor. El problema que se plantea inmediatamente es el de averiguar por qué existe esa diferencia de valor y, en caso de persistir, qué es 10 que la. origina. ¿Por qué la competencia no eleva los valores originales de los elemelltos constitutivos hasta igualar los val~res finales, o reduce éstos hasta igualar aquéllos? [24] Este problema de la creación y de la disposición de la plusvalía fue esencial en la Economía Política c1á.sic~, como tiene que sed o, ciertamente, para cualquier teoría de la dlSt~lbución. El principio del valor-trabajo, y en eso residi6 su importancIa, dio un contenido cuantitativo a la aportación original de valor que se hacía al proceso productivo en un sentido que permitía establecer una diferencia entre esa aportación y el valor final del producto. Como un principio del costo, valoraba una contribuci6n productiva en términos del desgaste material de algo que tenía. q,ue ser reemplazado por actividad humana. Si el trabajo o la actlVldad requendos para reemplazar 10 que le había sido desgastado ~ra menor que el trabajo incorporado en el producto total, aparecl~ un ,remanente. La cuestión fundamental consiste, pues, en determmar SI este excedente se distribuye en p:oporción al esfr:~rzo productivo de los participantes en la produccI6n (en proporclOn a la parte de ca?a ~~o en el costo), o si, por el contrario, existe una clase cuy! contnbuclOn productiva para incrementarlo es nula o muy pe,quen~, y" en c~so afirmativo, c6mo y por qué. Ésta no es una mvestIgac16n étIca ajena al campo de la rigurosa definici?n cie.nt~fica, no obstante 10 cual la economía moderna ha consegmdo ehmmarla. Una parte de los razonamientos de capítulos subsecuentes co~sistirá e~ demostrar que esta cuestión ha sido eliminada, no por aCCIdente, smo por una razón fundamental: la de que la economía subjetiva, obsesionada por la demanda y el cambio~, se preocup~ pOC? o na~a de la actividad productiva, con excepclOn de la eXIstenCIa de CIertos agentes de la producción que son necesarios y escasos.

24 Biihm-Bawerk, por ejemplo, planteaba la cuestión en esta forma al discutir las razones para la existencia de una "plusvalía" del capital: "¿Por qué la presión ejercida por la competencia sobre la participación del capitalista no puede llegar a ser nunca tan fuerte, que reduzca el valor de esta participación del objeto mismo. , ,? Con lo cual desaparecería la plusvalía y se eliminaría con ella el interés." (Op. cit., p. 191.)

n. LA ECONOMíA POlíTICA CLASICA

No es extraño que la Economía Política clásica haya conmovido a su época y ejercido una influencia revolucionaria sobre las nociones y. la 'práctic~ tradicionales. En la historia del pensamiento en las CIenCIas SOCIales, su aparición marca una etapa porque formuló el concepto de sociedad económica como un sistema determinista es decir, como un sistema regido por leyes propias, de acuerdo con' las cuales podí~n hacers.e cálculos y predicciones de los acontecimientos. Se demostro por pnmera vez que en las cuestiones humanas existía un determinismo de ley, comparable al determinismo de las leyes naturales. Subrayando así la unidad esencial de los hechos económicos la EconOJ;nía Política recalcaba al mismo tiempo la interdependenci~ de los dIferentes elementos de que se compone el sistema. Introducir una alteración en cualquier punto era poner en movimiento una cadena de cambios interconectados en el resto del sistema. Esos movimientos adoptaban cierta forma y también cierto orden de amplitu~ en relación con .la I?agnitud del impulso inicial. La forma y maglllltU? de esos ~amblOs mte~conectados se expresaban en una serie de relaCIOnes funCIonales medIante ecuaciones que como ya hemos visto, constituían la teoría clásica del valor. Así, pues, la teoría del valor era un rasgo esencial, y no puramente accidental de la Economía Política clásica.

S~steniendo no ~ólo que esa interdependencia existía sino que, ademas, adoptaba cIerta forma, la teoría hacía algunas inferencias ~ue ~ran de impo~tancia fundamental para la práctica. Negativamente ~mplrcaban que CIerta clase de explicaciones eran inapropiadas para mter~retar una situación y que cierta clase de actos gubernamentales eran Impotentes par~ lograr sus fines. Positivamente implicaban que la verdadera explrcaclón de los fenómenos estaba restringida a ciertas causas específicas, las únicas a que podían atribuirse directamente *esos* fenómenos.

Hoy día, después de ciento cincuenta años, existe una tendencia no poco común, a' desconocer tanto el sorprendente efecto de est~ concepción de un determinismo económico sobre el pensamiento de su época, como la privilegiada posición que ocupó en el desarrollo de la doctrina económica. Existe cierta propensión a olvidar las ver· d~~es ~undame~tales incorporadas en la estructura clásica y su sigllflcaclón no solo como base de simples corolarios que hoy han ll~g~~o a ser t~a~icionales, sino quizás de todo pensamiento y predIcclOn determmlstas en el campo económico. Los últimos años han sido testigos de una reanudación de las críticas a la Economía Política tradicional y hasta de una impaciencia iconoclasta por arrasar las estructu~as clásicas. En esa. reacción contra nociones que se habían endureCIdo h~sta el dogmatIs~o y que habían llegado a ser los puntales de **un** sIstema apologétIco de pensamiento, hay mucho de vi-

goroso y saludable. Sin crítica, el pensamiento se estanca y las ideas se marchitan hasta el escolasticismo, y es innegable que en la herencia del pensamiento económico hay mucho que debe ser arrancado de cuajo. En algunas de estas críticas modernas, sin embargo, la impaciencia parece haber acabado con la discriminación. Al rechazar todas las nociones clásicas considerándolas como el resultado de un supuesto de la fantasía, parece que hay el peligro de no someter a un examen riguroso las verdades económicas que pueden ser fundamentales, no meramente para un conjunto de conclusiones, sino para toda predicción dentro del terreno económico. Existe el peligro, particularmente, de confundir muy fácilmente ciertas verdades 'permanentes que fueron la contribución esencial de la Economía Po· lítica clásica, así llamada con toda propiedad, con las formas que subsecuentemente dieron a estas nociones manos más escolásticas o apologéticas. Cuando estas piedras angulares clásicas no se sustituyen por otras de igual calibre, y cuando --como sucede con demasiada frecuencia- el mismo hueco que dejan pasa inadvertido, hay razón para temer que el campo esté siendo despejado para dar lugar a una especie de misticismo económico que habrá de dominar en un mundo abandonado al azar en el que puede ocurrir cualquier milagro a condición de que haga su aparición un he'chicero. Esto no quiere decir, por supuesto, que haya que lamentar toda critica a la doctrina clásica por su tendencia a sustituir la certidumbre dogmática por la duda. Éste debe ser el primer efecto de toda crítica. Lo único que se quiere decir es que se deben distinguir dos especies de crítica que con frecuencia se confunden. La primera es la crítica de la Economía Política que hace retener algunos de los rasgos esenciales de la estructura clásica como elementos muy importantes de la ver- lad, al mismo tiempo que subraya relaciones adicionales que tienen el efecto de remodelar la estructura y revolucionar la significación práctica tanto del conjunto como de las partes. De esta clase es, como veremos, la crítica de la Economía Política clásica que formuló Marx, quien no titubeó en recurrir a ella para refutar los sofismas de Proudhon. La segunda es Ja crítica que rechaza la totalidad de la estructura clásica y cierra los ojos a la necesidad de crear nuevos principios estructurales adecuados para llenar el hueco que dejan aquellos que se rechazan. Semejante crítica tiene una tendcncia esencialmente nihilista.

El reino de la ley formulada por la Economía Política era aceptado con dificultad por sus contemporáneos. Lo que podía creerse de los cuerpos inanimados era más difícil de aceptar en el terreno social, donde los acontecimientos son el resultado de la actividad humana y de la voluntad sin trabas del hombre. Sostener que un sistema de cambio y de producción de mercancías podía funcionar por sí mismo, sin regulación colectiva o sin designio particular, parecía increíble al principio. Afirmar que un sistema de visible anar-

quía económica estaba regulado por una ley, parec.ía un milagro muy extraño. ¿Cómo podía surgir el orden de un conflIcto entre mIllones de voluntades independientes y autónomas? La respuesta que dieron los economistas se hizo depender del hecho de la competencia. Cuando se trataba de un solo vendedor, entre muchos que intervenían en el mercado, sus propias acciones no podían ejercer sino una influencia insignificante sobre la situación general de dicho mercado. Por ello se veía forzado a tomar corno dados los valores del mercado y a conformar sus actos a esos valores. Cada uno, separadamente considerado, estaba sujeto a los valores del mercado y no éstos a los vendedores. De ahí que si su deseo los conducía a aumentar sus ganancias correspondientes a la situación en que cada uno se hallaba, todo tendía a responder de un modo uniforme al movimiento de valores. Lo que a la postre sucedía en el mercado era, por supuesto, el resultado de la totalidad de las acciones separadas en las que, sin embargo, la voluntad de cada uno era indiferente, tanto porque su aislamiento resultaba impotente, como porque desconocía la situación en su conjunto. Ésta es la explicación de por qué el mercado parecía estar gobernado por una "mano invisible" que obligaba a cada uno a servir un propósito y a lograr un resultado completamente diferente del que había concebido e intentado obtener la voluntad individual. Ésta era la alquimia que permitía mezclar los vicios particulares y obtener beneficios para la comunidad.

Pero la teoría implicaba algo más. No sólo suponía que er::m muy numerosos los individuos que en cada mercado competían entre sí, sino también que los individuos y los recursos eran *móviles* y los precios flexibles (por lo menos dentro de las fronteras de un país, y considerando un periodo de tiempo suficiente). Podía decirse, en consecuencia, que los propios valores de cambio se conducían de cierto modo: observaban ciertas uniformidades y se ajustaban a ciertas relaciones esenciales 1 Estas relaciones controladoras no eran sino relaciones cntre hombres en su carácter de productores. El hecho de que los hombres y los recursos productivos que manejaban habían de distribuirse entre las diferentes ramas de la producción en busca de las máximas ventajas, aseguraba que no sólo los salarios y las ganancias tendían a uniformarse en todas las industrias, sino también que la proporción en que se cambiaban las mercancías en el mercado tendía a corresponder a la proporción existente entre sus costos reales. Estos últimos representaban el valor "normal" o "natural" de las mercancías. Las relaciones de cambio reflejaban, por consiguiente, relaciones de producción y se hallaban controladas por esos valores. La Economía Política llegó a ser, fundamentalmente, una teoría de la producción. Como Marx había de expresado más tarde: "en principio no existe intercambio de productos, sino intercambio de trabajos que compiten en la producción. El modo de cambio de los productos depende del modo de cambio de las fuerzas productivas".2

Varios principios fundamentales que han ocupado sitio muy importante en la discusión clásica y que han sido especial blanco de la crítica reciente, se hallaban implícitos en este punto de vista. De acuerdo con el primero, la cantidad de dinero, considerado éste como patrón de valores y COrno medio de cambio, era indiferente para la determinación de cualesquiera de estas relaciones esenciales. Puesto que el dinero representaba meramente una técnica conveniente de cambio, ya para el cálculo, ya-'como intermediario, era indiferente para las relaciones productivas esenciales y, por tanto, nQ podía afectar (en último análisis) el sistema de las proporciones de cambio. Un aumento o disminución de la cantidad de dinero no podía afectar la relación existente entre los precios, puesto que tendía a afectados a todos por igual: se operaba, simplemente, una elevación o disminución uniforme del precio de todas las cosas (incluyendo la tierra, la fuerza de trabajo y los bienes de producción); pero su proporción de cambio seguía siendo la misma. Este principio fuc usado particularmente por Ricardo para atacar la vieja noción (nuevamente puesta en circulación hoy día) de que el tipo de interés dependía de la abundancia o escasez de dinero; como fue usado, además, por Say para atacar la opinión de que el "capital se multiplica por las operaciones de crédito", fundándose en que el "capital consiste de valores positivos invertidos en cosas materiales y no en productos inmateriales, que son completamente incapaces de ser acumulados" .3/ Al formular las proposiciones centrales de la Economía Política podía hacerse abstracción del dinero y de la me-

1 Puede decirse, ciertamente, que todos los elementos de la situación "pueden determinarse mutuamente" entre sí (como Marshall lo subrayó al criticar a Biihm-Bawerk). Pero eso se puede decir de todas las cosas de! universo en un momento dado. Ello no quiere decir, sin embargo, que deje de ser cierto (como se dijo en e! capítulo anterior) que, en lo concerniente a nuestro conocimiento de la situación y de la práctica, existen ciertos factores que son la "clave" dc todas las otras variables y que, por consiguiente, deben destacarse como factores esencIales y determinantes. De otro modo todo principio causal sería imposible. Es interesante señalar que Enge!s observaba que "1a causa y e! efecto son represe.ntaciones que s610 rigen como tales en su aplicación al. caso concreto, pero que, sItuado e! caso concreto en sus perspectivas generales, artIculado con la Imagen total del UOlverso, se diluyen en la idea de una trama universal de acciones recíprocas en que la~ causas y los efectos cambian constantemente de SltlO y en que lo, que ahora o aql1l es efecto cobra luego o allí carácter de causa, y viceversa." (Anti-DliIuing, p. 9, ed. Cenit Madrid 1932.) Esto no le impedía referirse a la "primacía" (por ejem. plo) de! 'factor e;on6mico en la historia como base de i~terpretación y pred~cci6n en un caso histórico particular. El reconocimiento de la mteraccl6n no ¡mp]¡ca la imposibilidad de un principio causal, sino e! reconocimiento de que crralquier principio semejante aísla necesariamente ciertas influencias determinantes como las más importantes en un caso dado.

2 Misere de *la Philosophie* (ed. 1847), p. 61.

3 Say, Treatise on Politica] Econorny (1821), vol. n, p. 145. Ya en la primera edición (1803) de su Traité había criticado a Locke por haber dicho que el tipo de interés dependía de la oferta de dinero

dición de la demanda en términos monetarios. Es más, si esto no hubiera sido posible, los economistas clásicos no habrían podido postular una cosa como el equilibrio de las relaciones de cambio sin, por lo menos, introducir como dato alguna condición adicional y suficiente respecto al comportamiento del dinero.[4]

El segundo principio se hallaba incorporado en la famosa ley de los mercados de Sayo Aunque la historia le ha dado el nombre de Say, la enunciaciófol del principio quizá debe tanto, y aún más, a Jam~s MIlI. Apadnnado por Ricardo, lo encontramos en todos los escnt?s de la escuel~ ricardiána.[5] Puesto que según ese principio el cambIO -proceso bllateral- debe ser considerado en último análisis, como una serie de ~peraciones entre dos grup~s de productores, en las que cada uno de e¡]os cambia sus productos con el otro nunca puede plantearse. el problema de un cxceso general de pr¿ductos. Puede haber, es CIerto, un exceso de ciertas clases de artículos a cuya producci.ón se ha d~stinado relativamente una gran parte de la fuerza de trabajO de l~ socled~d. Esto se traducirá en una caída del precio de estas mercanclas partIculares por abajo de sus "valores normales" y en la emigración de productores hacia otras industrias. Pero si eÍ aumento de la producción fuera general en todas las industrias no podría haber exceso (a condición de que el aumento tuvier; las proporciones "convenientes"), ya que ambas partes de todas las operaciones bilaterales entre productores (y en ello consiste el cambio), aumentarían paralelamente, de mancra que el mayor deseo de cada parte de cambiar sus productos estaría equilibrado por el mayor deseo de la otra. James Mill formulaba la cuestión muy clara y dogmáticamente: "La producción de mercancías es la causa universal y única que crca un mercado para las mercancías producidas ... El poder de compra dc una nación sc mide exactamentc por su producción anual. Cuanto más se aumenta la producción anual, más se amplía, por ese mismo hecho, el mercado nacional ... La demanda de una nación siempre es igual a la producción dc esa nación".[6] J. B. Say afirmaba que "la producción cs la que crea la demanda de los productos ... Decir que las ventas son flojas debido a la escasez de dinero, es tomar el efecto por la causa ... No puede decirse que las ventas son flojas porque el dinero está escaso, sino porquc otros productos lo están ... Tan pronto como se produce un artículo, se abre un mercado para otros con una amplitud igual al propio valor de aquél. De ese modo la mera circunstancia dc la producción de un artículo abre inmediatamente una salida para otros productos".[7]

A primera vista semejante razonamiento parece ser de un dogmatismo completamente arbitrario y casi sin relación alguna con la realidad. ¡La oferta y la demanda nunca pueden ser desiguales porque se las define de tal modo que siempre son iguales! No obstante, el principio era algo más que una tautología en la medida que implicaba una descripción de la sociedad económica caracterizada por esta clase particular de intcrrelación. Y como tal, era carne de la carne del sistcma ricardiano. Del mismo modo que el dinero podía dejarse de tomar en cuenta para la determinación de los valores de cambio, lo mismo podía hacerse, y por la misma razón, con el "volumen de la demanda" (considerado como una cifra absoluta) en su carácter de factor determinante del proceso de la producción y del cambio. El "mercado", como un factor independiente del problema, desaparecía tan pronto se consideraba el proceso económico como un todo unificado. La demanda se convertía entonces en una variable dependicnte, no independiente. En cada operación, separadamente considerada, había siempre, por supuesto, dos términos: oferta y demanda, bienes y dinero, productor y mercado. Pero inferir de esto que los dos mismos términos debían aparecer como fdetores independientes en la situación considerada en su conjunto, habría sido incurrir en la falacia de composición, es decir, habría sido ignorar el hecho de que esa transacción concreta no cra sino la

.4 L~ oposiciÓn de Keynes a esta doctrina, en su Teoría general de la ocupación, *el* mteres y *el* dmero (cap. 13), se aphca, por sup.uesto, a .una situación en la que hay recursos desocupados yen la que, por conSIgUIente, eXIste la posibilidad de un cambIO de la prodUCCIón SI aumenta la demanda. En su apéndice al capítulo 14 ~eclara *(p.* 186)" que *eso* se ap~~caría a un_ equilibrio a largo plazo,. dado que los salanos monetanos son flexIbles. Debe senalarse que en su propOSIción *(p. 165)* de que M == L(r) (cn la que M represcnta la "cantidad total de dinero" L la preferencia de liquidez, y r el tipo de interés), M se define como dinero l;,cdido en umdades de salarios .(es dccir, con relación al precio de la fuerza de trabajo), de manera que la ecuaclOn comprende el caso en que los salarios y los precios se elevan proporcIOnalmente a M. *Lo,* que la ecuación se proponc subrayar es quc cuando los factores de la producc:on son susceptibles de una oferta elástica un aumento de M es capaz de alterar la producción y no los precios, influyend~ en las mV~fSIones, a través de r. ,La escuela ricardiana estaba justificada, sin embargo, en su IgnorancIa de. esta ¡:oslblhdad, pues pertenece a una época en que la industria fabnl estaba en su mfancla y no existía una rescrva crónica de equipo en la escala en que eXIste hoy dla.

~ En "la primera edic~¿n (1803) del Traité d'Économie *Politique,* de Say, el capItulo Des Débouchés , (cap. 22 del tomo l), no tcnía más de tres páginas, y sÓlo se ocupaba de refutar la opinión mercantilista de que los mercados consisten en l]a abundanCIa de dmero y que el incremento de la riqueza depende del aumento de .as exportaclUnes. El germen de la futura doctrina se halla contenido en estas palabras: "No es la abundancia de dinero lo que facilita las ventas sino la abun. dancIa de otros productos .~n general". (p., 153). La· segunda edición: cuando volvió a escnblf el capItulo amphandolo a 16 paginas (cap. 15 del t. l), no apareció sino ha~ta 1814. Eutretanto, el Cornmerce Defended, de Mill, había aparecido en dos edICIOnes en 1808. Alh se elaboraba la doctn~la y se subrayaba su importancia respecto del problema de la sobreproduccl6n. RIcardo, sin embargo, siempre atribuyo la doctnna a Sayo .

6 Cornrnerce *Defended* (1808), pp. 81 y 83.

7 Say, Treatisc on *Political* EconollIY, trad. Prinsep, 1821, vol. l, pp. 165 Y 167. Say llegó aún a decir (lo que era una cuesti6n del todo diferente). que "una rama de la producci6n raras veces dejarÍa atrás a las demás abaratándose sus productos de modo desproporcionado si se dejara la producci6n por entero a su suerte", en tanto que su traductor agregó que "no es posible que la producción sobrcpase al consumo, mientras éste sea libre". (¡bid., pp. 169 y 178.)

mitad de un par de transacciones, en la que la "demanda" o "el mercado", expresados en dinero, aparecían como un término común. Como Marx había de expresarlo después:[8] el cambio *es*, fundamentalmente, una serie de operaciones de! tipo *M-D-M,* en las que e! dinero es un simple intermediario entre operaciones que esencialmente son una.

El tercer principio consistía en la afirnlación de J. S. Mill acerca de que la "demanda de mercancías no equivale a demanda de brazos", cuya "completa comprensión", al decir de Leslie Stephen, es, "quizá, la mejor prueba a que puede someterse a un economista", y que el mismo MilI describía como "una paradoja [que], y hasta entre los economistas políticos de reputación, escasamente puedo indicar alguno, salvq Ricardo y Say, que no lo haya perdido nunca de vista". "Aquélla determina en qué rama particular de la producción se empleará e! trabajo y el capital, determina la dirección del trabajo, pero no e! más o el menos del trabajo en sí, o del mantenimiento y el pago de! trabajo. Éstos dependen de la cantidad de capital u otros fondos directamente dedicados a sostener y remunerar el trabajo".9 Por "demanda de trabajo" MilI entiende, por supuesto, no una demanda en términos de dinero, sino en términos de mercancías. En otras palabras, pensaba en la determinación de los salarios reales, no de los nominales. Haber dicho que la "demanda de mercancías", concebida corno una suma total del gasto monetario de los consumidores, no podía influir permanentemente la relación de los valores de cambio (incluyendo el valor de cambio de la fuerza de trabajo), habría sido repetir, con una particular referencia, e! primero de los dos principios que acaban de ser descritos. Es claro que Mill procuraba darle a su proposición un contenido adicional, y cuando hablaba de la "demanda de mercancías" le daba un sentido puramente relativo: el único significado distinto que podría haber tenido en este contexto. Usándola en este sentido relativo, evidentemente intentaba referirse tanto a que la demanda de alguna mercancía particular en comparación con otra no ejercía influencia apreciable sobre el nivel

8 Marx sostenía que esto era cierto respecto a una "sociedad simple de cambio" (es decir, constituida por pequeños productores independientes). Como veremos más adelante, también sostenía que se había introducido una modificación fundamental en una economía capitalista, esto es, en una economía caracterizada por la existencia de una clase cuya sola función consiste en la inversión del capital en una serie de operaciones del tipo D-M-D' (en donde D' es > D en una cantidad igual al tipo de ganancia). Esto introducía una oposición en la .aparente unidad del proceso de cambio, y creaba la posibilidad de una ruptura y división del proceso en sus dos partes.

9 *Principios,* F.C.E., México, 1951, pp. 92-93. Jevons, que atacó esta doctrina *(PrincipIes* oí Economics, pp. 126-33), sostenía que su origen s~ hallaba en Ricardo, en la tercera edición de sus *Principios.* Pcro lo que aquí sostuvo Ricardo era que la demanda de mano de obra depende del modo de gastar de los consumidores (debido a las diferentes relaciones del trabajo y del capital en las diferentes ocupaciones), 10 que era matizar el principio de Mili más bien que anticiparse a él. (Ricardo, Principios.)

de salarios, como a que un aumento de la cailti.~ad que gen~ral:nente gastan los consumidores en mercancías en reIaclOn a 10 que lllvIerten, no aumenta la parte del producto que corresponde ~l. trabajo, sino más bien al contrario. La primera de estas dos propOSIcIOnesera un.a repetición de la conocida doctrina clásica acerc~ d~ q~e la confIguración de la demanda es indiferente para la dlst~IbucIón del producto entre ganancias y salarios (excepto en la m~dIda en que p.ueda acelerar la tendencia de los rendimientos decreCIentes de la tIerra, elevando, por consiguiente, el costo de la subsistencia). Como tantos razonamientos ricardianos, descansaba en un supuesto particular: que la proporción entre capital y trabajo era igual en todas las industria-s. Sin este supuesto, el razonamiento no habría sido válido. Sin embargo, puede sostenerse para expresar esta importante verdad: que a menos que el desplazamiento de la demanda registre un profundo sesgo en dirección de las industrias que usan más o menos mano de obra (es decir, hacia industrias cuya "composición de capital". como decía Marx, sea más alta o más baja) el cambio puede ser considerado como indiferente para la determinación del valor de cambio de la fuerza de trabajo.

La segunda proposición (re!ativa a la proporción del ingreso gastado comparada con la del ingreso ahorrado) dependía, sin embargo, de un punto de vista particular acerca de la naturaleza del capital y de la relación entre capital y trabajo en el proceso de producción. Esto plantea problemas que discutiremos separadamente en un capítulo posterior. Pero como los economistas clásicos estaban acostumbrados a considerar que el capital consistía esencialmente en "anticipas al trabajo", la proposición tenía un significado sencillo y (dentro de ciertos límites) importante: que el nivel de salarios dependía del volumen de capital, considerado como un fondo de salarios, proporcionalmente a la oferta de brazos. Puesto que un aumento de la proporción del ingreso gastado implica una menor acumulación de capital, se concluía que la demanda de mano de obra, correctamente examinada, tendería a bajar más bien que a aumentar.l°

Por último, tenemos el principio considerado por Ricardo corno el corolario principal de su teoría del valor. Dicho principio se halla sintetizado en la afirmación que, analizada por separado, ha sido tan frecuentemente ridiculizada como una simple tautología: "cuando los salarios suben, las ganancias bajan". La verdad que encierra esta afirmaci6n tienc una formulación más completa en otra hecha por

10 Existía, por supuesto, la posibilidad de que el cambio de) gasto pudiera traducirse en un cambio equivalente y contrario del "atesoramiento" de dinero. En este caso no se produciría ningún ca~bio de la acumulación de capital. Pero, al parecer, los economIstas cláSICOS conslderaba.n el atesoramiento (muy rara vez 10 mencIOnaban) como un SImple retiro de dmero de la circulación, con su efecto equiv~lente a cnalquier cambio en la cantidad de dinero, a saber, una igual repercusión sobre todos los precios.

Ricardo: "las ganancias dcpenden de que los salarios sean altos o bajos, y de nada más".l11 En otras palabras, las ganancias se determinan Únicamente por la relación entre el valor de la fuerza de trabajo y el valor de las mercancías en general, en la inteligencia de que estas dos cantidades pueden moverse independientemente una de otra. Esta relación es aproximada y no exactamente (debido al fenómeno de la renta) equivalente a la proporción de la fuerza de trabajo de la sociedad que es necesario dedicar a la producción de las subsistencias de los trabajadores.I2 Esta proposición era evidentemente fundamental no sólo para las conclusiones prácticas que Ricardo derivó de su doctrina económica, sino también para ciertas proposiciones subsidiarias que hoy día son consideradas como virtualmente axiomáticas, y sin las cuales el economista se hallaría en un mundo semejante al de Alicia en el país de las maravillas. De acuerdo con esa proposición, el tipo de ganancia (considerado como "una relación de valores") 'no podía aumentar ni con un incremento de la cantidad de dinero (a no ser temporalmente) ni con un aumento del conSllmo, corno sostenía Malthus. Ricardo la utilizaba para demostrar. que, c?ntr~ la afir;uación de Adam Smith, la expansión del comercIO extenor solo podla elevar el tipo de ganancia en la medida en q~~, abara~ando el ~ost~ de la subsistencia de los trabajadores, perm.ltIa r~~ucrr los salarlOs.13Por su parte Marx la usaba para refutar la aflfmacIOn de Proudhon acerca de que una elevación de salarios s~ traducía en una el~vación equivalente del precio de las mercan-Clas, de donde se denvaba que el sindicalismo no hacía sino andar a la caza de su propia cola. La importancia medular de esa afirmación para e~ razonamiento económico pucde ser juzgada por el hecho de que, s,r,no fuer~ verdadera, no habría razón para concluir que una elevacIOn del nIvel de salarios tiende a fomentar el uso de la maquinaria, en tanto que una baja tiene el efecto contrario.14 Si el preci? de la mano. de obr~ pudiera elevarse sin provocar una caída del tIpo de gananc;a (coI1Slder.a?o como el rendimiento del capital) el costo de las maqurnas subma (a causa del mayor precio de la

11 Ricardo empleaba la expresión "salarios altos" como sinónimo de nna elevada "proporción del ~al?r. de la producc~ón total necesaria para mantener al trabajador". (Notas a *los pnnclplOs de, econom.la* política *.de* Malthus, F.C.E., Méxi¡;o, 1958, p. 178.) ,Jamcs M¡JI sostema q~e SI la ganancIa se empleara "para denotar la relación de valores *(~s* deCll', e! tJpo de ganancia), podría demostrarse que, en este sentJdo, las ganancias, dependen completamente de los salarios". (Politica] Economy, pp. 58-9.) Fue esta ultllna afIrmaCIón, como veremos más adelante referente a! tipo de ganancia (co:~ muy ~is~inta a, b ganancia total), la que Marx' enmendó con su concepto de la composlclOn orgamca de! capital".

12 Cuando el profesor Pig?u, en su Thcory *oi Unemployment*, considera la cantIdad de trabajO en lo que .e1 llama mdustnas que prodncen bienes que consume preferentemente .Ia clase trabajadora (l;age-goods industry) y en las que prodncen otra clase de bIenes (nonwage-goods mdustry) como una relación fundamental y determmant~, utJlIza, por supuesto, una concepción muy semejante a la de Ricardo.

13 Ver mira, pp. 154-155.

14 Consúltese Wicksell, Lectures, vol. 1, pp. 100, 167.

fuerza de trabajo necesaria para su fabricación) proporcionalmente al costo del alquiler del tr~bajo. El costo del proceso mecanizado aumentaría, también, al parejo del costo del proceso que depende únicamente del trabajo directo. Pero semejante resultado supondría que todos los precios y salarios aumentan simultáneamente. La doctrina clásica, sin embargo, suponía la posibilidad de upa elevaci(m de salarios sin una equivalente elevación de precios, con el resultado de una baja de las ganancias. Es más, suponía que algunos precios caían realmente como resultado de una elevación de salarios, aunque otros, sin embargo, subían. Los precios de las mercancías que requerían poco trabajo directo y relativamente un gran capital para financiadas, mostraban una tendencia más acentuada a caer, y puesto que ésta es la característica esencial de la maquinaria que ahorra trabajo, su adquisición y uso tenía que aumentar considerablemente.1f;

Pero estos principios eran sobre todo incidentales. El principio medular de la Economía Política cra el gran precepto dellaissez faire. Con éste la importante unidad de la Economía Política como sistema teórico, se convertía en un. congruente sistema de la doctrina práctica. Los principios abstractos quedaban dotados de una acción viva para la política real, y la intcrpretación esquemática del mundo externo se fundió con el precepto y la acción. La Economía Política había creado el concepto de la sociedad económica como un sistema autónomo, regido por leyes propias. Haciendo funcionar estas leyes, el sistema "caminaba por sí mismo", independientemente del cuidado del gobierno y del capricho del soberano y del estadista. Llegó a sostenerse que la regulación por el Estado, previamente considerada coI?o esencial para suprimir el caos y establecer el orden, era innecesana. Se ,creía que ~sa re~ulación era positivamente perjudicial porque entorpecl~ .el .funclOnamlen~o d~ las fuerzas económicas, provocaba el. d~seq~IJ¡~~1Odonde podl~ remar la armonía y porque no había nmgun mdlCIO de que pudIera lograr resultados más efectivos para

15 Keynes ha dicho (Teoría general de la ocupación, el interés y *el* dinero p. 1~,6), qn~ muchas" de estas proposiciOl}eS clásicas descansan en el supuesto d~ una ocupacIón. plena como una condlclOn necesana, y que, por consiguiente, no pueden ser aplIcadas a condiCIOnes de producción cambiante o a desviaciones del equilibrio .. Es indudable, e importante, que algunas de esas proposiciones requieren una modifIcaCión sustanCIal para po?er ser aplIcadas a una situación en la que eXIsten recursos no utIhzados. Por eJemplo: un cambio de la demanda de dinero puede alterar la producción total en vez de agotar su influencia en una alteración de precios. Pero no parece inferirse que estas proposiciones clásicas no tengan aplicación al mundo real, a menos que se suponga que en el mundo real *todos* los recursos son de una oferta .perm~ente e infi~itamente elástica. Lo que parece claro es que lo que los economIstas c1aslcos se mclmaban a suponer era la existencia de tendencias hacia una posición de plena oc?pación. De ahí que consideraran que sus propOSICIOnesestablecían los factores que lImItan a! desarrollo económico durante un periodo largo. Algunas de estas proposiciones clásicas también dependían de otros snpuestos (que afectaban la estabIlIdad del sIstema) y a los que nos referiremos en el capítulo VI.

el interés general, sino al contrario. La descripción de cómo funcionaba el sistema llegó a ser, ipso tacto, una presunción de cómo habría que dejarlo funcionar. Es cierto que la Economía Política clásica no demostraba conc1uyentemente que el *laissez* faire producía el resultado óptimo para el bienestar humano. Esto habría de hacerla (muy falazmente) cincuenta años después, en términos hedonísticos, el principio de la utilidad. Los economistas quedaban satisfechos ~on afirmar que *ellaissez* faire era la condición suprema para la producc1ón y para el aumento de la riqueza: una afirmación que les preocupaba mucho demostrar en contraste con la situación de los monopolios apoyados por el Estado, o con las restricciones oficiales impuestas al comercio exterior. Existía una predisposición a creer que un sistema que lograba el equilibrio como resultado de la coherencia interna de sus elementos, funcionaba mejor, abandonado a sí mismo, que cuando se interfería estúpidamente en su marcha. Por 10 menos, ésa era la creencia genernlizada en la época en que todo lo que anunciaba el reinado de la "ley natural" era considerado implícitamente como semidivino.

lntimamente relacionada con esta doctrina práctica existía una violenta crítica que la Economía Política hacía valer contra las políticas de su tiempo. Como teoría esencialmente de la producción, llevaba aparejado el supuesto implícito de que una clase consumidora sin relación activa con la producción de artículos materiales -que succionaba un ingreso, pero que no aportaba ninguna contribución productiva en el sentido de incurrir en algún "costo real" como equivalente- no desempeñaba ningún papel positivo en la sociedad económica. Su existencia significaba una disipación de riqueza más bien que una creación de ella, y como sus intereses dominaban las instituciones estatales constituía un obstáculo y un grillete. Éste fue el ángulo desde el cual la Economía Política, por lo menos en su tradición ricardiana, enfocaba los intereses de los terratenientes que dominaban el Parlamento aún no reformado, que restringían la movilidad de la mano de obra por medio de limitaciones regionales y del sistema Speenham1and, y manteniendo la ley de granos para la protección del precio del trigo y de las rentas de las tierras. Además del trabajo, el único elemento activo de la producción era el capital, que financiaba el progreso de la técnica y de la división del trabajo.16 En tanto que los ~alarios eran la fuente de vida de los trabajadores, y de su reproducción, las ganancias eran la fuente y el incentivo de la acumulación del capital en manos de una clase activa, íntimamente relacionada con la industria y que encontraba en ésta la satisfacción de sus intereses y ambiciones. La

16 James Mill, en sus Elementos *0l* Politica] Economy (3" ed.) habla de "dos instrumentos de producción: uno primario, otro secundario", es decir, trabajo y capital (p. 84). No obstante, la renta era "algo completamente extraño a lo que puede ser considerado como el rendimiento de las operaciones productivas del capital y del trabajo" (p. 68).

renta, por contraste, era el precio del derecho de propiedad de los recursos naturales escasos: era la extracción de una parte de los frutos de la producción para mantener una clase pasiva e improducti~a. La "renta -decía Ricardo- es siempre una parte de las gananc13s previamente obtenidas de la tierra. Jamás es una nueva creación. de recursos, sino una parte de los ya creados con antenon 'da,d" 17 En la medida en que los rentistas ahorraban y acumulaban sus :entas transformándolas en capital para la industria, el pago de las mismas, aunque podía ser ocioso, no representaba un perjuicio: se reintegraban a la producción en calidad de capital nuevo para financiar un nuevo ciclo productivo. Pero los rentistas, por naturaleza y tradición, se hallaban menos inclinados a hacerla que la burguesía industrial. Si invertían, sentían más inclinación por los valores oficiales o por las compañías comerciales monopolistas que por la industria. (¿Acaso un escritor como Lord Lauderda1e no había defendido la existencia de la deuda nacional aduciendo que servía de sólida inversión para esos fondos?) Y en la medida en que las rentas se gastaban en la conservación de edificios y en el sostenimiento de la servidumbre doméstica, para que esa clase continuara viviendo en la ociosidad, representaban un gravamen sobre el sistema productivo en aras del consumo improductivo.

Rara vez se aprecia cuán hondamente preocupaban a los· economistas clásicos, aun en sus análisis más abstractos, interpretaciones prácticas como éstas. Wi11iam Spence (en contra de quienes James Mill escribió su Commerce Defended) había fundado su principal defensa de los intereses de los terratenientes diciendo que el consumo era una condición previa de la producción y que, por consiguiente, el gasto conducía hacia la riqueza nacional. En 1808 había escrito: "Es claro, entonces, que el gasto y no la parsimonia, es la obligación de esta clase terrateniente, y que la producción de la riqueza nacional depende del fiel cumplimiento de ese deber ... El aumento constante de la prosperidad de la comunidad requiere por fuerza que esta clase aumente progresivamente sus gastos." 18 Malthus se inclinaba hacia ese punto de vista; y su doctrina de la "demanda efectiva" estaba claramente dirigida a la conclusión de que los terratenientes no debían ser condenados como una clase de Consumidores improductivos sino que, al contrario, debían ser aclamados como un elemento de necesario equilibrio dentro de una sociedad sana: un equilibrio entre los instintos acumuladores del industrial y el mercado para sus productos que ofrecía una clase consumidora. Contra este punto de vista, el principio de que la demanda era indiferente para la determinación de valores (y, por consiguiente, para la de las ganancias), de que el proceso productivo creaba su

17 Essay on *the* InfIuellce *ol* a Low Price oí Coro on the Prolits *al Stock* (1815), p. 15.

18 Britain *lndependent al* Commerce, pp. 36-7.

propia demanda, y de que la parsiwsnia -no el consumo- era un acto creador, proporcionó un arma polémica directa. Y a lo largo de todo el siglo XIX la hercjía clásica, cuya refutación estaba en la mcnte de todo profesor de economía, fue la dc que los gastos de l~s ricos beneficiaban la industria. Otros muchos puntos de controvefSla entre Ricardo y Malthus fueron, asimismo, relacionados directamente con este problema central. Malthus escribió su Investigación sobre la naturaleza y progre9o de la renta (1815) fundamentalmente para criticar la opinión de "algunos escritores modernos" que "consideran la renta y las leyes que la gobiernan, como muy scmejante al excedente del precio por arriba del costo de producción, que es la característica del monopolio" y para demostrar que las rentas elevadas (o las circunstancias que las engcndran) representan una ayuda para el mejoramiento de la tierra,19 En la discusión acerca .de los ~fectos de las mejoras de la agricultura sobre la renta de la tIerra, RIcardo, por una parte, sostenía que originaban la baja de las rentas (por 10 que resultaban contrarias al interés de los terratenientes como clase), en tanto que Malthus sostenía que aquéllas originaban su elevación.20

Corno una crítica enderezada simultáneamcnte contra el autoritarismo de un Estado autocrático y contra los privilegios e influencia de la aristocracia terrateniente, la Economía Política, en sus comienzos, desempeñó un papel revolucionario. Como sistematizadora del pensamiento en una esfera vacía -por entonces- de principios coherentes, fue como una revelación, en tanto· que como defensora de la libertad en el campo económico, su influencia sobre las revoluciones burguesas del siglo ;XIX difícilmente fue superada por aquellas filosofías de los derechos políticos que encendieron la antorcha del liberalismo en el Continente europeo. Sólo más tarde, en su fase posricardiana, pasó del ataque al privilegio, y la restricción a la apología de la propiedad. Entre sus conceptos fundamentales se hallaba la noción de la determinación de las relaciones de valor por las relaciones entre los hOI,ubres como produc.tores, y la distinción entre 10 que era necesano para la prodUCCIón y 10 que era innecesario para las actividades humanas concretas. Estas relaciones de producción reguladoras eran las formas concretas que adoptaba la división social del trabajo en ciertas condicioncs de la demanda y de la técnica. Que estas relaciones hayan sido consideradas correctamente corno fundamentales es, por supuesto, una cuestión práctica. Pero el hecho de que la teoría económica de la naciente burguesía intlustrial haya tenido este énfasis encuentra su evidcnte explicación histórica como una expresión del papel que esa clase desempeñaba en la sociedad: la perspectiva desde la cual contempló esta clase

19 Pp. 2 Y 27-30. Marx llamó a cste ensayo "un alegato en favor de los terratcnicntcs y en contra del capital industrial". (Historia crítica de *la* teoría de la plusvalía, Fondo de Cultura Económica, México 1945, voL III, p. 53.)

20 Consúltese Letters *ot* Ricardo to *Maltbus,* ed. Bonar, pp. 94 *SS.,* Y Malthus, Principios de economía política, F.C.E., México, pp. 160 *ss.*

el proceso del cambio social que le permitió alcanzar aquella concepción realista y.esencial. Pero esta razón histórica implicaba, al mismo tiempo, una limitación. En las relaciones de producción entre los hombres se halla incluida la relación de clase entre capitalistas y trabajadores. La Economía Política daba esto por sentado, pero no profundizó el estudio de esas relacioncs; se conformó con describirlas y con incluirlas entre sus condiciones, pero sin analizarlas. Consideraba la división en clases, bien corno partc del orden de la naturaleza, o simplemente como una forma que adoptaba espontáneamente la división del trabajo en una sociedad libre, y no como un producto histórico de tipo especial. Como los economistas no llegaron a conocer la esencia de esa relación, no pensaron que las características de esta relación única podrían afectar el funcionamiento de sus leyes económicas, y transformar radicalmente las interpretaciones y predicciones apoyadas en esas leyes. Sus sucesores, como veremos después, se desviaron sin hacer ese reconocimiento impulsados por su cada vez más acentuada tendencia a hacer desaparecer del panorama estas relaciones entre los hombres considerados como productores o, en el mejor de los casos, conservándolas como meros espectros de su antiguo ser.

III. LA ECONOMíA POLíTICA CLASICA y MARX

El a~álisis de los economistas clásicos sólo descubrió, según Marx, la mitad del pro~lema .. Como dice Engels en un pasaje muy importa~te de su *AntI-Diilmng,* sólo mostraron el lado positivo del capitalIsmo, en contraste con los sistemas anteriores. Al demostrar las leyes dellaissez-taire, lo que habían hecho era una crítica de los órdenes so.ciales anteriores; pero no una crítica histórica del capitalismo nusmo: Esto quedaba por hacerse, a no ser que el capitalismo fuera consIdcrado como un orden estable y permanente de la na~uralcza o como el inalterable punto final del desarrollo social. Seme¡ante tarea quedaba por realizar con objeto de situar al capitalismo en el lugar que le correspondía en la evolución histórica, así como p~ra .dar un~ c~ave"para predecir su, ~uturo. Ahora, decía Engels, la CIenCia eCOn0l111Caarranca de la CrItIca de los restos de las formas feudales de producción y de intercambio, pone de relieve la necesidad de cancelar esos resto~ sustituy~nd.olos por formas capitalistas, desarrolla las leyes del. régimen capitalIsta de producción, con sus formas congruentes de ll1tel:cambio, en el aspccto positivo, es decir, en el aspecto en que contrIbuyen a fomentar los fines generales de la socie~ad". I,g~almente necesaria era la integración dialéctica de la Eco~~mla Po]¡t~ca. con una "crítica socialista del régimen de producclOn del capl~a]¡smo o, lo que tanto vale, con la exposición de las leyes que lo presiden en su aspecto negativo, con la demostración de que este régimen de producción se. acerc~ por la fuerza de su propio desarrollo a ~n punto en. que su ex~~tencIa s.e hace imposible")

Lo esen;lal era un 1l1terpretaclOn precisa de la ganancia como u~~ categona del 1l1greso. Los economistas habían precisado las condICIOnesque regulaban los valores de cambio de las mercancías. Éstos q~,edaron e~plicados en términos de ~na teoría del costo; pero tambien se habla formulado lo que era vlftualmente una teoría-costo del valor de .la .fuerza de trabajo mi.sma. L~ ganancia fue considerada, por ~onslgU1ente, como una cantIdad reSidual cuya magnitud se determ1l1aba por estos otros factores conocidos: el valor del producto y el valor ~e la fuerza de ~rabajo. Hasta aquí la explicación podría haber pareCido bastante satIsfactoria. Pero tal como se había formulado, era muy incompleta, ya que la ganancia quedaba como un elemen~o residual. que no había sido explicado. La naturaleza de la gananCia, el motivo y causa de su eXistencia como una categoría de ingreso, seguía siendo un secreto, y hasta que este secreto fue revel~do no sólo qu~daron sin res~uesta problemas prácticos importantes, silla que no podla haber segurIdad de que los términos de la relación que se decía dete~inaba la gan~ncia (es decir, los salarios y el valor del }?roducto) podlan, ser considerados con propiedad como independientes. En la teona de la renta, la oferta limitada de tierra y la

1 Anti-Diihring, p. 157, ed. Cenit, S. A., Madrid, 1932.

consecuente escasez de la disponible, se aducía como la causa de su apa~ición y. de s~ adquisici¿n por el propietario. La teoría clásica no habla ~ducIdo mngu?~ razon paralela para explicaI la aparición de la ganancia y su adqUISICión por el capitalista. Simplemente se había supuesto su n.eéesid~d. Pero el problema subsistía: aun cuando pueda eXistIr una diferencia entre los gastos de producción y el valor del producto, ¿por qué había de corresponder al capitalista y a sus socios más bien que a cualquier otro? ¿Por qué razón dentro de un régimen de libertad económica y de libre competencia no tendía ese excedente a disolverse en renta o en salarios? Si su persistencia tenía que ser explicada en términos de una teoría basada en el costo, ¿cómo podía ser congruente con la teoría del valor-trabajo? ¿O había que hacer una interpretación en términos análogos a los de la teoría de la ren~a? Que esto no era una investigación superflua puede verse por la Importancia de la cuestión práctica que dependía de ella; ¿cuál habría sido, por ejemplo, el efecto de un gravamen sobre las gananCIaSo .el de un aumento de salarios que las redujera o el de un tipo decrecIente de las mismas? ¿O constituía el sostenimiento de una clase capitalista estimular una carga improductiva para la industria como aseguraban los ricardianos que lo era la existencia de una clase terrateniente? ¿Llegaría el interés que tenía esa clase en la protección .de la ganancia a convertirse, en un grillete de las fuerzas productIvas como lo era el que teman los terratenientes por proteger sus rentas?

Al darse cuenta de esta laguna de su estructura, los economistas, p~rticularmente lo~ sucesores de Ricardo, intentaron dar una explicaCIón de la gananCIa de dos modos diversos. En primer lugar, inventando una nueva categoría: la del "costo real", de acuerdo con la cual, la ganancia era el equivalente que se recibía a cambio de aquél. Por otro lado, en términos de una pretendida "productividad" especial del capital (y de ahí, por imputación, de su creador el capitalista). Éstas fueron las oscuras e incongruentes teorÍ'-Is que proporcionaron la prueba principal de la decadencia de la Economía Política después de Ricardo que tantos comentaristas se han negado a reconocer y que sugirieron a Marx el nombre de "economía vulgar". Contra estos conceptos dirigió Marx sus más acerbas críticas, que Bohm-Bawerk calificó 2 de "potentes ataques" contra la teoría de la productividad del capital. Para Marx, la explicación de la ganancia no se halla en ninguna propiedad inherente del capital, ni en el costo real, ni en la actividad productiva del capitalista (del mismo modo que la renta de la tierra no podía explicarse en términos de las propiedades de la naturaleza ni de la actividad de los propietarios), sino en la estructura de elases de la sociedad existente, es decir, en la división de elases entre propietarios y desposeídos que se oculta tras la apariencia de igualdad, libre contratación y "valores naturales" en términos

2 Capital and Interest, p. 173.

de los cuales habían sido formuladas las leyes de la Economía Política. De acuerdo con el punto de vista que de la historia tenía Marx, el progreso había sido un desfile de- diversos sistemas clasistas, cada uno de los cuales creó sus condiciones técnicas particulares y sus consecuentes modos de producción, las cuales, a su vez, condicionan el sistema. Los antagonismos de clase, resultado de las relaciones de los diferentes sectores de la sociedad y los métodos dominantes de producción, habían sido los motores fundamentales del proceso, de la transición de un sistema a otro. El capitalismo, como llegó a demostrarse después de un examen de sus orígenes, es también un sistema de clases, y aunque diferente de los anteriores en aspectos muy importantes, seguía cimentando en una dicotomía entre amos que tienen todo y servidores que nada poseen. Era natural, pues, que Marx buscara las peculiaridades de esta relación de clases para encontrar la clave del ritmo esencial de la sociedad capitalista, para descubrir, esto es, su desequilibrio, sus tendencias al movimiento, no sólo sobre la base de esa sociedad, sino en su base, detrás del velo de las armonías económicas que parecía descubrir un análisis que sólo se fijara en las relaciones de cambio en un mercado abierto. En contraste con la igualdad jurídica! se puso al descubierto la desigualdad económica, y en contraste con la libertad de contratación, la dependencia económica y la compulsión.

La esencia de esta relación entre capitalista y trabajador, sobre la que gira la aparición de la ganancia, mantenía una analogía más estrecha con las relaciones existentes entre propietario y trabajador en las primitivas formas de la sociedad dividida en clases, por ejemplo, entre amo y esclavo o entre señor y siervo. En esas formas primitivas de la sociedad no había duda acerca del carácter de la relación, ni acerca de la naturaleza del origen de los ingresos de la clase poseedora. La relación era de fuerza y de explotación, y por virtud de la ley o de la costumbre, la clase poseedora se apropiaba el producto excedente, por encima' de la subsistencia de sus trabajadores. La relación se presentaba abiertamente tal como era; pero en la sociedad capitalista no acontece así. Las relaciones adoptan exclusivamente una forma de valor. No existe un producto excedente, sino sólo una plusvalía, que al parecer está controlada por la ley del valor que funciona en un mercado de competencia donde el cambio normal es una transferencia de equivalentes. ¿Cómo explicar, pues, la aparición de una plusvalía en semejantes circunstancias? ¿Cómo hacerla compatible con la teoría del valor que es, en sí misma, una expresión abstracta del fundonamiento de un mercado abierto y competitivo? La fórmula del cambio en un mercado libre es M-D-M. Nadie, al parecer, puede adquirir un ingreso monetario sin ofrecer previamente en cambio M, es decir, un equivalente de valor expresado en mercancías. La posibilidad de los compradores y vendedores de moverse libremente de un e~tremo a otro del mer~ado y hasta de ir a otros, aseguraba que en nmguna de esas dos mItades del ciclo de cambio ni en M-D ni

D-M, pudiera aparecer la plusvalía. ¿Cómo, pues, podía empezar una clase, con D, una cantidad de capital en dinero, y al introducirla luego en el ciclo de cambio sacar un valor mayor del que había introducido originalmente: *D-M-D'?* "Para explicar la naturaleza general de la ganancia -decía Marx- debe partirse del teorema de que, en promcdio, las mercancías se venden a sus valores reales, y que las ganancias se obtienen al venderlas a sus valores reales. Si la ganancia no puede explicarse partiendo de este supuesto, no puede explicarse de ninguna manera." [3] Ni los monopolios de la época de lbS Tudor ni los derechos feudales sobre el trabajo de otros podían ya servir para explicar cómo una clase obtenía ingresos sin contribuir con alguna actividad productiva. La suerte o la habilidad individual no podían ejercer una influencia permanente en un régimen de "valores normales". Dentro de un orden de libre contratación ya no era posible que los no productorcs siguiescn engañando persistentemente a los que sí producían. El engaño, cuando más, podía explicar las ventajas y pérdidas individuales de los miembros de la clase capitalista: 10'que uno ganaba 10 perdía otro, pero sin que ello explicara el ingreso de toda la clase. Por consiguiente, explicar la ganancia como la explicaba tan simplemente Sismondi como una "expoliación del trabajador", agregando que el empresario la obtenía "no porque la empresa produce más de lo que le cuesta producir, sino porque no paga todo 10 que cuesta, es decir, porque no da al trabajador una compensación suficiente por su trabajo",4 o explicar1a como Bray diciendo que era producto de "un sistema de cambios desiguales",5 no eraexplicarla suficientemente, ya que al no dar respuesta a la dificultad fundamental, dejaba en pie la contradicción.

James Mill había llamado la atención sobre la analogía entre el sistema de salarios y el de esclavitud. "¿Cuál es la diferencia -preguntaba- entre un hombre que trabaja con obreros que reciben un salario (en lugar dc poseer esclavos)? ... Lo mismo que el manufacturero que ocupa esclavos él es propietario del trabajo. La única diferencia reside cn la forma de comprarlo. El propietario de esclavos compra de golpe todo el trabajo que el hombre puede ejecutar en el resto de su vida; cl que paga salarios sólo compra el trabajo que un hombre puede ejecutar en un día, o cn cualquier otro periodo de tiempo estipulado. Siendo tan propietario del trabajo así comprado como el propietario de esclavos lo es del trabajo de éstos, el producto obtenido. de ese trabajo, combinado con su capital, es igualmente suyo." [6]

3 En *Value*, Price and Profit. También decía, respecto a la comparación entre el sistema de salarios y e! de la esclavitud: "Dentro de! sistema de salarios, aun e! trabajo no pagado parece ser pagado. En el sistema de la esclavitud, por el contrario, aun la partc del trabajo que sc paga, parece no ser pagada." En el primer caso, "la naturaleza de toda la operación se halla completamente desfigurada por la presencia do un contrato y por el pago recibido al firi de la semana".

4 *NOllvcallX* Principcs, vol. I. p. 92.

5 *Labollr's* Wrongs and Labour's Rcmcdy, p. 50.

6 *EJemcnts ol PoliticaJ* ECOIIOIIIY, pp. 21-22. Consúltese también a Richard

En tanto que MilJ abandonaba aquí la cu~stión, para Marx ahí comenzaba lo importante. La solución que dIO a es~e problema ~undamental se traducía en la distinción, que él consideraba tan Importante, entre trabajo y fuerza de trabajo. La raigambre históric~ de la producción capitalista residía precisamente en la transfo~maclón de la misma actividad productiva del hombre en una merc~nCla. La fue:-za de trabajo llegó *d* alinearse entre las cosas que podIan ser vendIdas y compradas; y negó a tener, por sí misma, .un valor. Des~seído de la tierra y de los instrumentos de producCIón, el proleta.no .no tenía otra alternativa para ganarse el sustento. Y aunque la oblIgaCIón legal de trabajar sometido a otro había desaparecido, subsistía la presión de las circunstancias en que se hallaba la clase. Como el trabajador individual (por lo menos cuand? no formaba part~ de ~na organización o asociación) no contaba m con otra alternatIva m con un "precio de reserva", la mercancía que vendía, como las demás, adqu.iría un valor igual al trabajo que costaba crearIa, ~sto ~s, el trabaJO requerido para producir l0, necesario para. la s~bSlSte'1Cla del. tr~bajador. De ahí que l~ aparicion de la gana?C1a tuviera 9ue ser atIlbUl~a, no a ninguna cualIdad creadora del capital. per se, s~no al hecho hISróricamente condicionado de que el trabajO en acción era capaz de lograr un producto de mayor valor (lo que dependía de la cantidad de trabajo) que el poseído por la fuerza de trabajo corno mercancía. Por tanto, la transacción entre trabajador y capitalista era y no .era, al mismo tiempo, un cambio de equivalentes. Dadas las bases socJales que hacían de la fuerza de trabajo una .mer;ancía, lo g~e tenía lugar era un cambio de equivalentes que sabsfacla los reqUIsItos de la ley del valor: el capitalista anticipaba la subsistencia al. trabajador y a~-quiría, a su vez, fuerza de trabajo por un valor eqUlvalen~e. El capItalista adquiría la fuerza de trabajo del obrero;. éste obtema, en cambio, 10 suficiente para reemplazar, en su propIa persona, el ~esgaste físico que supone el trabajo. La justicia económica quedaba sabsfec~a. Pero de no ser por la circunstancia histórica de que la clase trabaJadora disponía como único medio de vida del producto de la venta de su fuerza de trabajo, considerada corno mercancía para pod~r c?ncertar con el capitalista esa transacción remuneradora, el capItalIsta no habría estado en posición de apropiarse la plusvalía.

Las interpretaciones opuestas de Lauderdale y de Malthus, formuladas en función de la productividad del capital, suponían una recaída en el misticismo o en las superficialidades de las explicaciones del tipo "oferta y demanda", que Marx, juntamente con Ricardo, habían condenado.[7] :Marx nunca pretendió negar que el capital 0. mas Dlen, los instrumentos concretos en los que el trabajo acum~lado se incorpora, fuenn creadores de riqueza: haberlo negado habna Sido francamente absurdo. En realidad, afirma explícitamente que "es falso decir, hablando dd trabajo ... , que es la única fuente de riqueza".[8] Ricardo, por su parte, tampoco negó que las tierras, aun las .no cultivadas, pudieran prestH algún servicio. Pero eso no. era decu que ~a tierra o el capItal fueran creadores de *valor*. En realIdad, cuanto mas píódi[~a en frutos fuera la natuf<lleza, menor valor tendrían, quizá, estos· últimos, y menores serían las probabilidades de que la tierra produjera una renta. El valor, subrayaba Marx, no es un ,mis~erioso :llTíbulo intrínseco de las *cosas:* es, meramente, la cxpresIon de una ccbción social entre los *hombres*. Es un atributo de que los objetos cst:ín dotados por virtud de 1:1 forma en que se ha utilizado el trab~li() humano en las diversas ramas de la produ~ción a través .del ~roceso de la división del trabajo en toda la SOCIedad. Esta utIlIzación ,le la fuerza de trabajo social no es arbitraria, sino que está sujeta a una definida ley del costo graei«:; a la "mano invisible" de las fuerzas competidoras a que se refería Adam Smith. Por consiguiente, explicar la plusv:1Iía en términos de las propiedades de un objeto (capit:!l), era volver a caer en lo que Marx había llamado el fetichismo de bs mercancías, una especie de animismo en el que la "economía vulGar" posricarcliana se vio cada dÍ<1más enredada, que conSIstía en ~¡rihuir a las cosas en abstracto la C:1usade las relaciones de cambio cuando, en realid:Jd, no eran sino el mero resultado de las relaciones sociales entre los hombres. Ello equivalía a explicar una representación de marionetas exclusivamente en términos de las cualidades y de la conducta dc las marionetas. "Lo que aquí reviste, a los ojos de los hombrcs, la forma fantasmagórica de una relación entre objetos materiales no es más que una lelación social concreta establecida entfe los mismos hombres."[9] "La existencia de la renta, tal y como se presenta en la superficie de las cosas, aparece desglosada de las relaciones en que descansa y de todos los eslabones intermedios. De este modo la tierra se presenta como la fuente de la renta del suelo, el c:lpital como la fuente de la ganancia y el trabajo como la fuente d~l salario."[10] Una Economía Política que se expresaba en estos térmInos, que usaba como constantes las propiedades ?e los objetos, con ,11)stracciÓnde los individuos y de las circunstancias de clase de esos individuos, sólo podía ocuparse de cos:¡s superficiales, sólo podía proporcionar un análisis parcial del fenómeno y, por consiguiente, postular leyes y tendencias que no sólo eran incompletas, sino hasta contradictori<ls y falsas. Ante semejante nivel de abstracción no podía haber

Jones, lntrodnctory Lectures on Political Econo~y (1833), p~. 58-59. Est~ "única diferencia", sin embargo, puede hacer la poslcl6n del asalanado econ6mlcamente inferior a la del esclavo, o hacerla mejor, ya que si el trabajador no es propiedad del amo, éste no tendría un interés permanente en la conservación de aquél (el desgaste del trabajo y su depreciación no es un costo para el patr6n, como lo e~ :1 desgaste de su maquinaria). Por consiguiente, el interés del patr6n puede consIStir en tratar a un trabajador libre menos bien de lo que trata a un caballo o a un esclavo.

7 Ver supr.1, p. 14.

8 Critica de *la* economí~ política, p. 31. Ed. española, F. Granada y Cía.

9 Marx, El Capital. 2~ ed" tomo 1, F.C.E., México, 1959, p. 38.

10 Marx, Historia crítica de la teoría de la plusva1ía, Fondo de Cultura Económica, México, 1945, vol. m, p. 375.

diferencia porque ninguna de las cualidades esenciales diferenciadoras estaban incluidas en los supuestos. Los factores de la producción sólo eran considerados en su aspecto técnico como indispensables para el conjunto y, por consiguiente, indispensables entre sÍ: otra abstracción de la que resultaba una demostración ex hypothesi de una armonía esencial entre ellos. No era sorprendente, pues, que en este plano de razonamiento no figurara ni el concepto de la renta ni el de excedente. Por ello los equivalentes debían cambiarse siempre por equivalentes, ya que la situación estaba definida de tal modo que había de ser así.

Quizá pueda citarse un ejemplo más reciente de la falta de significado atribuido a ciertos conceptos fundamentales cuando las relaciones de cambio son consideradas independientemente de los hombres como productores y de su relación con un trasfondo de instituciones sociales. Pareto ha señalado la importante distinción entre las "actividades de los hombres enderezadas a la producción o transformación de los bienes económicos" y las enderezadas a "la apropiación de los bienes producidos por otros". Es claro que, si se considera el problema económico simplemente como una pauta de relaciones de cambio, aparte de las relaciones sociales de los individuos de que se trata, es decir, considerando a las personas que intervienen en el cambio simplemente como tantas más cuantas X e Y, realizando ciertos "servicios", pero haciendo abstracción de sus relaciones concretas con los medios de producción (trátese de propietarios o de no propietarios, de rentistas pasivos o de trabajadores activos), entonces la distinción de Pareto puede carecer de significado en un mercado de libre competencia. "La apropiación de los bienes producidos por otros" sólo puede ser resultado de la acción monopolista, del fraude o de la fuerza extra-económicos. Está excluida del régimen de valores de cambio "normales", por la misma definición de 10 que es un mercado libre. Ésta es, en efecto, la respuesta que ha dado el profesor Pigou. Después de citar la distinción de Pareto, afirma que los "actos de mera apropiación" pueden ser excluidos por el supuesto de que "cuando un hombre obtiene bienes de otro, se tiene la idea de que los obtiene mediante un proceso no de violencia, sino de cambio en un mercado abierto, donde los interesados son razonablemente competentes y razonablemente conocedores de las condiciones".l1 Puede decirse que esta conclusión es perfectamente congruente con el alcance de la investigación. Pero ¿acaso la misma respuesta que ese alcance exige no nos está revelando la irrealidad de semejantes límites y la esterilidad de un análisis tan estrecho, por lo menos en cuestiones fundamentales para los problemas de la Economía Política? No obstante, toda la tendencia de la ciencia económica desde los días posricardianos ha consistido en reducir de este modo el alcance de la investigación económica. Pero, al mismo tiempo, se persistía en hacer afirmaciones sobre problemas fundamentales similares a los que preocuparon a los economistas clásicos.

11 *Ecanamics aE* Welfare, p. 130.

Supongamos que el peaje fuera una institución generalizada y arraigada por la costumbre o por el derecho. ¿Podría negarse razonablemente que existe un sentido importante en el que los ingresos de la clase exactora representan "una apropiación de bienes producidos por otros" y de ningún modo el pago por una "actividad enderezada a la producción o transformación de bienes económicos?" Es más, los peajes tendrían que ser fijados en competencia con rutas alternativas y, por tanto, quizá representen precios fijados "en un mercado abierto, en el que los interesados son razonablemente competentes y conocedores de las condiciones". ¿No llegaría a ser la creación y supresión de peajes un factor esencial de la producción, de acuerdo con las definiciones más ordinarias de lo que es un factor de la producción, con tanta razón, por lo menos, como se consideran hoy día muchas de las funciones del empresario capitalista? Podría decirse, entonces, que este factor, como otros, está dotado de una "productividad marginal", y considerar su precio como la medida y equivalente del servicio que presta. Pero de cualquier modo ¿en qué lugar se podría trazar una división lógica entre los peajes y los derechos de propiedad sobre los recursos escasos en general? Quizá se diga que la distinción depende de si el que establece el peaje construyó el camino. Si así fuera, ello sería entrar precisamente al cerco restringido de las relaciones de cambio abstractas tratando de encontrar una definición en términos de la actividad productiva de la persona en cuestión, separadamente, y como algo más fundamental, de la creación y supresión de peajes. Pero las naciones que se confinan al círculo de las puras relaciones de cambio no son capaces de superar la sabiduría de un crítico contemporáneo de Ricardo, que al atacar a Quesnay y a Smith declaró, redondamente, que como nadie puede cobrar un precio sin prestar en cambio un servicio, todas las clases que obtienen un ingreso deben ser, ipso tacto, "productivas", y su ingreso la medida de su valor para la sociedad.[12] Quizá se diga que semejantes distinciones no son del dominio de la economía, pero si nos sometiéramos a esta limitación, la economía se vería privada de la mayor parte de sus resultados prácticos y se convertiría en algo radicalmente diferente de lo que sus fundadores se propusieron e intentaron.

No debe pensarse que al criticar estas abstracciones, Marx atacaba todas las abstracciones desde un punto de vista de crudo empirismo. Criticaba un método particular de abstracción con fundamento en que éste desconocía 10 esencial, tomando la imagen por la sustancia y la apariencia por la realidad. Cualquier generalización, por su propia naturaleza, debe hacer abstracción, por supuesto, de ciertos elementos y, vistas desde este ángulo, la "teoría" y la "realidad" deben ser necesariamente diferentes. Es más, el método de Marx era, como

12 George Purves, A11 *Classes Productive oE* National Wealth ,(1817). Este caballero había comenzado por declarar que "la cuestión fundamental de la que toda la ciencia de la estadística depende más amenos", es la de "si todas las clases producen riqueza o si algunas son improductivas".

hemos visto, un método tan abstracto como 10 fue el de los economistas clásicos. La teoría del valor que Marx tomó de la Economía Política clásica, y que desarrolló en aspectos muy importantes, era una abstracción que descansaba no sólo en ciertas características generales de toda economía de cambio, sino sobre rasgos esenciales del capitalismo considerado como un sistema de producción de mercancías. Cuando se critica a Marx porque no da en *El* Capital una "prueba" adecuada de su teoría del valor, se olvida generalmente que no se proponía formular una doctrina nueva y poco conocida, sino adoptar un principio que era parte de la tradición de la Economía Política clásica y sin el cual consideraba imposible toda afirmación definida. Es evidente que en estas circunstancias no tenía intención de comenzar su análisis de la producción capitalista más que con una definición y contraste de ciertos conceptos básicos como los de valor, ;'alor de cambio y valor de uso. Estos y otros conceptos semejantes son reconocidas abstracciones que sólo ticnen una representación más o menas imperfecta en el mundo de la realidad. Pero en esto, su método no era ni más ni menos abstracto que el de sus predccesores. La competencia misma era una abstracción, y lo era, también, el "mercado perfecto" en el que surgían "valores normales". Los "valores normales", como los puntos y las líneas rectas euclidianas, sólo se encontraban en el mundo de la realidad como "casos límites".

Las dos abstracciones que han alcanzado más revuelo entre los críticos de Marx -el concepto de "trabajo simple", homogéneo, y el supuesto del volumen 1 de *El* Capital acerca de la igualdad de la "composición orgánica del capital" en todas las ramas de la producción- eran también comunes en los economistas anteriores y en los contemporáneos, siendo, además, el fundamento de muchos de sus más destacados corolarios. El Último supuesto, como hemos visto, figuraba prominentemente en Ricardo. En la teoría del comercio internacional, por ejemplo, era la base de la proposición de que un alto o bajo nivel de salarios en un país no afecta a la relación de intercambio, sino que sólo da origen a un cambio contrario y equivalente del nivel de ganancias.!3 Como también hemos *'/isto,* se halla implícito en el dictum de John Stuart Mi1l acerca de que "la demanda de mercancías no significa demanda de mano de obra". El supuesto de la homogeneidad de las unidades de un factor de la producción sigue siendo común al método económico hasta hoy. Sin él no tiene significado la concepción de un rendimiento "normal"; tácita o explícita, es parte de cualquier estudio del "nivel general de salarios" *a* de tina teoría de la "ganancia normal". Al admitir Marx en el

13 Puesto que si la "composición del capital" es igual en todas las industrias, un cambio de salarios no afectará la proporción de costos comparativos. Pero si este supuesto no es exacto, un cambio de salarios afectará más a aquellas industrias con una alta proporción de trabajo en relación a la maquinaria que a aquellas que tengan una proporción menor, alterándose, por consiguiente, las proporcioues comparativas del costo.

volumcn III de *El* Capital que el supuesto de una igual "composición del capital", la base de su principio del valor en el volumen 1, era sólo una aproximación, dio pie al gran alboroto que hizo Bi:ihm-Bawerk respecto a la "gran contradicción" entre la primera aproximación del volumen 1 y la última del volumen III. Esta gran contradicción -declaraba triunfalmente- hace que todo el sistema marxista se desplome. Últimamente ha dicho un escritor que "no existe en letra de imprenta un milagro de confusión semejante" al del sistema marxista.14 Y, sin embargo, todo razonamiento deductivo se desenvuelve a través de un proceso de aproximaciones. "Contradicciones" semejantes pueden hallarse en todos los casos de aproximaciones sucesivas, o entre cualquier aproximación y los hechos. Es una cuestión de los usos a que se destina una aproximación. Lo importante es si los corolarios deducidos de la aproximación quedan o no invalidados por las salvedades que requiere una aproximación más cercana, esto es, si las alteraciones introducidas en el volumen III implican una diferencia sustancial respecto de lás conclusiones derivadas de los supuestos de que se parte en el volumen I.

Del mismo modo que Ricardo, Marx concedía mucha importancia al análisis del movimiento de los ingresos de las clases sociales. Tanto intcrés, en verdad, puso Ricardo en la distribución de la riqueza, que no dejó de suscitar la cólera de un escritor como Carey, que llegó a decir que "el sistema de Ricardo es un sistema de discordia Tiende a sembrar la hostilidad entre las clases y las naciones Su libro es el verdadero manual de los demagogos que aspiran a conquistar el poder mediante la confiscación de la tierra [agrarianism], mediante la guerra y el saqueo".!!) Últimamente, ha dicho un escritor que Marx, al tejer "un canevá de sofismas económicos" sobre "una nota de profética y justa indignación", se propuso "demostrar que el odio de clases es justificado",16 Tan candentes veredictos pueden sonar muy extraños; pero lo que subrayan a este respecto es exacto: que Marx concentró su atención en las relaciones de clase, expresadas en los ingresos de cada una de ellas, como la relación que define el ritmo normal de la sociedad capitalista y que es fundamental para cualquier predicción del futuro. Pero sería equivocado decir que su interés se redujo a la esfera de la distribución, lo mismo que considerar su análisis esencialmente como una teoría de la distribución. Aunque la producción, el cambio y la distribución pueden ser diversas faceta s, no es posible consideradas como categorías separadas de las relaciones económicas. Y, como Marx insiste en su Crítica de *la economía política,* están ligadas por una unidad esencial.

La ley del valor es un principio de relaciones de cambio entre mercancías, incluyendo la fuerza de trabajo. Es, simultáneamente, una

14 A. Gray, Del'elopment *oi* Economic Doctrine, p. 301.

15 Carey, Past, Present and *The* Future (1848), p. 74, citado en Historia crítica de la teoría de la p1uSl'alia, 1'01. I!, ed. cit., p. 11.

16 E. Hallet Carr, Kar1 Marx, p. 277.

determ~nante ?el modo en que se distribuye el trabajo entre las dife· rentes mdustnas por medio de la división general del trabajo social y de la distribución del producto entre las clases. Decir que las mero cancías tienen cierto valor de cambio equivale a decir, en otras pala. bras, que la fuerza de trabajo de la sociedad se divide entre las ocupaciones en cierta f?rma, y que (incluido en la última afirmación) el producto socIal se dIstribuye en ciertas proporciones entre subsistencia de. los ~rabajadores e ingreso de los capitalistas. (Por ejemplo, una afIrmaCIón respecto de los valores de! trigo y la seda es, al mismo tiempo, una afirmación acerca de las proporciones en que se divide el trabajo entre la producción de! trigo y de la seda. Si el trigo y la se?a fueran las dos únicas mercancías producidas, la primera consu~Ida por los trabajadores y la última por los capitalistas, la afirmacIón de que el trabajo se divide entre la manufactura de la seda y e~ cultivo d:l trigo .en .ciertas proporciones, equivaldría a decir que e! mgreso socIal se dlstnbuye entre trabajadores y capitalistas de un modo correspondiente.) En el volumen 1, Mane adoptó, como lo hicieron los economistas clásicos, el supuesto simplificador de una economía capitalista "pura": de una economía de "competencia pura" y d~ ~n modo de producción basado en una relación simple entre capItalIstas y obreros, en]a que los últimos ejecutan todas las actividad~s l?roductivas esenciales y los primeros figuran simplemente como capItalIstas, como poseedores de derechos de propiedad y como como pr~dores de fuerza de trabajo.1[7] *Esto* daba una idea de la forma gene:alI~ada .de todas las sociedades capitalistas existentes (para las que mdlscutIb]emente el concepto de un capitalismo "puro" sólo era una a,proximaci?~), de! m~smo modo que los puntos, círculos, cubos y lmeas euclIdIanos podIan representar las características esenciales de las relaciones tridimensionales espaciales. El motivo inspirador de ese volumen fue analizar la relación entre los ingresos de esas dos clases y explicar el origen y naturaleza de la ganancia capitalista .

En el volumen IU, Mane señaló que cuando se tomaba en cuenta el h~c?o de que la p:oporció.n entre trabajo y maquinaria (o, con más precISIón, entre capItal vanable y capital constante) era diferente en diversas industrias, el cambio de mercancías se realizaba, no de acuerdo con el principio tal como se había formulado en e! volumen 1, sino de acuerdo con lo que él llamaba su precio de producción (salarios z.*ná*~l.a ganancia "normal" o media). Sin embargo, sostenía que e! pnnclplO expuesto en el volumen 1 seguía siendo e! determinante de lo que el valor de las mercancías era en el agregado y, por

17 En una carta a Engels (1858), Marx recapituló de la siguiente manera los supuestos que hizo para los propósitos del vol: 1: se "supone que los salarios que corresponden al trabaJO son constantemente Iguales a su nivel más bajo ... Por otra parte, la propIedad de la tIerra se' considera == 0 ... Éste es el único medio de no tener que tratar con *todaS* las cosas en cada relación particular". De acuerdo eon estos supuestos, ~,I valor es .".una abstracción" que figura en "esta forma abstracta no desarrollada por OpOSICIóna sus "determinaciones económicas más concretas" (Marx-Enge1s Corrcspondence, p. 106).

cons!guiente, el de~erminante del tipo de ganancia y, a la vez, de los precIOS de prodUCCIón mismos. Al hacer esta afirmación no cometía la es.tupidez de asentar que un total es igual a otro tata], cargo que le 111Z0 B6hm-Bawerk.I[8] Lo que indudablemente tenía en la cabeza era]a relación entre e! valor de las mercancías terminadas, considera· das como un agregado, y el valor de la fuerza de trabajo, relación fundamental de la que, junto con Ricardo, hacía depender la gananCIa. Sostenía que seguía siendo cierto que la distribución del producto tot~l entre obreros y capitalistas (y, por consiguiente, e! volumen y tIpo de ganancia) dependía de la relación entre estas dos cantida· d.~s;y que (a c~,ndición de que se. pudiera suponer que la "co~posiClan del capItal en el grupo de mdustnas productoras de artIculas para la subsistencia no fuera muy diferente de la composición media de la industria toda) podía seguirse considerando que esta relación fundamental se determinaba en]a sencilla forma descrita en el vo]umen 1. Si esto era así, e! análisis de la plus valía y de las influencias que]a determinaban, no quedaba invalidado por las consideraciones que se hacen en e! volumen III. Los ingresos de la clase capitaIrsta y sus fluctuaciones seguían siendo regulados por las mismas causas, a pesar de que su distribución entre las diversas industrias se realizara d~ ~,istinto modo a] que se había señalado en]a "primera ap~oxlmacIOn .19 Supongamos, para usar una analogía, que pretendleramos enunCIar]a teoría de la renta partiendo de] hecho de que todas las tierras son ~e calidad homogénea, y de que las rentas fuerdn Igua]es a]a dIferenCIa entre e! costo de producción y e! precio de venta de] trigo (este último determinado por el costo de producción en e] margen intensivo), La introducción de una nueva circunstancia -:-la heterogeneidad de las tierras- (y, por tanto,]a existencia de dderentes costos de producción en cada granja y en cada hectárea)

18 Karl Marx *and the Clase al* his *System,* pp. 68-75.

. 19 Es del *todo* e~idente que Marx conocía muy bien la naturaleza y significacIón de las consIderacIOnes que se hacen en el volumen !Ir y en qué medida afectaban los corolarios que h~bian de deducirse de los supuestos del volumen 1. Engels, en su PrefacIO a la edIclOn de 1891 de *Salarios,* trabaio y capital, dice: "Si hoy día, por con~Igl1Ient~, deClInas con los economistas cama Ricardo, que el valor de una mercanCIa se dete;mma por el trabajO necesario para su producción, hacemos siempre, aunque ImphCltamente, las reservas y las restricciones que hizo Mane" Con mucha anterioridad Marx había tomado por su cuenta a Proudhon por haber *sos*temdo que una elevación de salarios conduciría a un alza general de precios. "Si todas las mdustnas emplean el mIsmo número de trabajadores proporcionalmente al caplta! fIJO o a lo~ mstrumentos que utilizan, una elevación general de salarios provoc~ra una re~U?Clón general de ga~~ncias sin que los precios ordinarios sufran alteraCIón alguna. Pero como la relaclOn entre el trabajo manual y el capital fijo no, es la mIsma en todas. las mdustnas, las que emplean una cantidad [elativamente mas grande de. capItal f~JO y menos ~rabai~?ores, se ~erán obligadas, tarde o temprano, a ~educlr el, precIO de sus artIcuI,Os y, a la mversa, en las industrias que emplean una cantIdad relatIvamente mas pequeña de capital fiJ'o y más t r a b a j a dores ... P or consl̈gl11ente, una e evaClÖn del mvel de salarios conducirá, no como Proudhon afIrIna, a u~ aumento general d~ precios, sino a la efectiva reducción de algunos de ellos, espeCIalmente los de los bIenes cuya producción requiere un l' uso de la maquinaria". Misere de la Philosophie (ed. 1847), pp. 167-68. amp la

como una aproximación postcrior, no daría lugar a difercncias esenciales respecto de los corolarios apoyados en el supuesto mÚs simple, a condición de que el costo de producción ud trigo, en promedio, siguiera siendo el mismo y guardara la misma rclaeión respecto de su precio. Por otra parte, los corolarios de la primcra aproximación encarnarían ciertas verdades esenciales acerca de la naturaleza y determinación de la renta (las conectadas con 10 que podría l1amarse el aspecto de escasez de la renta, por oposición a su aspccto difcrcncial) que ninguna formulaciÓn de la teoría de la rcnta podría implicar sin hacer alguna referencia a esta relación entre el costo med10 y el precio medio de venta.[20]

Eran muchos los corolarios cuya validez no se alteraba con la 111-traducción de estas últimas consideraciones y entre ellos se hallaban los más importantes para el propósito principal que Marx se había prop;Iesto: descubrir "la ley del movimiento de la sociedad capitalista". La doctrina de Ricardo acerca de que "si los salarios suben, las ganancias caen", y con ella la conclusión de que una elevación de salarios estimula a los capitalistas para sustituir el trabajo humano por maquinaria, no se alteraba. Lo mismo puede decirse de las influencias que alteran el tipo de ganancia, incluyendo la explicación de Marx acerca de la "tendencia decrecientc del tipo de ganancia", que después examinaremos, v a la cual es evidente que Marx atribuía una significación considerable al precisar la tendencia a largo plazo de la sociedad capitalista. Pero también existe un corolario menos conocido que hoy día tiene más importancia que cuando fue formulado: el que se refiere a los efectos del monopolio. Marx había dicho que el monopolio no puede aumcntar el tipo de ganancia en gencral \aunque reconoce que sí puede elevarlo en algunos sectores y red~-cirIo en otras), excepto en aquellos casos en que su efecto es redUCIr los salarios. A menos que el monopolio afecte la relación entre el valor de la fuerza de trabajo y el valor de las mercancías (es decir, si altera el "grado de explotaciÓn"), es impotente para elevar el tipo de ganancia en términos generales. Aparte de esos efectos del monopolio que comprimen los salarios reales por abajo de su nivel normal, el desarrollo del monopolio "no haría sino transferir a las mercancías gravadas con el precio de monopolio una parte de la ganancia de los otros productores de mercancías. Se produciría indirectamente una perturbación local en la distribuciÓn de la plusva1ía entre las distintas ramas de producción, pero el límite de esta plusvalía quedaría intacto".[21] En un capitulo posterior veremos que esta conclusión tiene una importancia particular para ciertos problemas del imperialismo.

20 Es bastante curioso que Bohm-Bawerk, al construir su propia teoría del c-apital, use como una primera aproxim·ación algo quc equivale al mismo supuesto que condena en Marx: el de que "prevalecerá simultáneamente sobre todas las ocupaciones un periodo de producción igualmente prolongado". (Positive Theory *oi* Capital, pp. 382 Y 405.)

21 El Capital, vol. III, ed. cit., pp. 795-6.

La difcrcncia esencial entrc Marx y la Economía Política clásica residc, por consiguicn tc, en la teoría de la plusvalía. Si su significaciÓn no es de carÚCtcr ético ¿en qué consisk, entonccs, su importancia práctica? SLI importancia como base para UlJa crítica del capitalismo era análoga cn muchos aspectos a la que tuvo la teoría de la renta para una crítica de los intcreses de los terratenientes en manos de la cscuela ricardiana. La teoría de la renta había sido el punto de apoyo para sostencr que la política que tendiera a reducir el tipo de ganancia y a retardar consecuentemente la acumulación del capital y el progreso industrial, aumentaría al mismo tiempo el ingrcso de la clase terrateniente, inflando la carga del consumo improductivo sobre la riqueza naciona1.[22] Como de acuerdo con]a teoría de la plusvalía los dos ingresos de clase, ganancias y salarios, eran tan diversos cn cuanto a su carácter esencial y a la forma de su determinaciÓn, la relaciÓn entre ellos tenía que ser, necesariamente, una relación de antagonismo en un sentido que la hacía cua1itativamente distinta de la relación entre los compradores y vendedores ordinarios que intervienen en un mercado abierto. La clase capitalista se hallaba tan vivamente interesada en perpetuar y extender las instituciones de una sociedad dividida en clases que mantuviesen al proletariado en una situación de sometimiento y creasen la plusvalía como una categoría de ingreso, como 10 estuvieron anteriormente los terratenientcs en mantener la ley de granos. Por su parte, el proletariado tenía un interés paralelo en el debilitamicnto y destrucción de estos dcrechos de propiedad fundamentales. Cualquier alteración de la ganancia, considerada como el ingreso de una clase de cuyas decisiones y expectativas depende el funcionamiento de la industria, habría de tener un efecto sobre el sistema económico completamente diferente del que podrían tener las alteraciones de cualquier otro ingreso -una diferencia que, como veremos, tiene una particular importancia para la teoría de las crisis de Marx-. Por otra parte, el capital podría estar interesado en retardar el desenvolvimiento de las fuerzas productivas y promover una política perjudicial para la producciÓn de la riqueza, siempre que esa política tendiera a multiplicar las oportunidades de explotación y a aumentar sus ingresos. Esta posibilidad se transformÓ en probabilidad debido a la propia naturaleza de las bases técnicas sobre las que fue edificado el capitalismo industrial. El proceso de acumulaciÓn progresiva del capital, que descansaba en la organización maquinista y en la técnica de producción en gran escala, tendía constantemente a ampliar esa base. Estimulando la concentración progresiva y la centralización del capi-

22 El razonamiento ricardiano consistía en que los rendimientos decrecientes de la tierra provocarían, con el transcurso del progreso, una elevación de las rentas y. al aumentar el costo de la subsistencia de los trabajadores, provocaría una reducción de las ganancias. El único medio de conjurar esto y de mantener, por consiguiente, las p.)sibilidades de acumulación del capital y de expansión industrial, consistía en abrir de par en par las puertas al comercio exterior y cn tolerar la competencia de artículos importados.

tal, aquel proccso preparaba sólidamente la base de sustentación del monopolio. El cuadro que trazó Marx de este desenvolvimiento es muy conocido. Con el desarrollo de los monopolios, el antagonismo de clase no se mitigó, sino que se tornó más agudo. El ingreso de la clase propietaria llegó a ser más y más abiertamente el fruto casi exclusivo de la política monopolista. Pero el mismo proceso que estableció el creciente "carácter social" del proceso productivo mismo, forjó el instrumento que había de romper los gri11etes de la "apropiación individual". "Las fuerzas productivas que se desenvuelven dentro del marco de la sociedad burguesa crean, al mismo tiempo, las condiciones materiales para la liquidación de ese antagonismo." Creaban también la homogeneidad, la disciplina y la organización del proletariado industrial como una clase, hasta que ésta, en un antagonismo cada vez más agudo con un sistema de relaciones de propiedad que había llegado a constituir un obstáculo tan visible para la producción, se decida a exigir e imponer su emancipación mediante la expropiación de sus explotadores. Puesto que un régimen de producción en gran escala y de complejas relaciones de producción no podría regresar a la pequeña propiedad y a la producción en escala reducida, el acto negativo de la expropiación debe tomar necesariamente la forma positiva de la socialización, en el sentido de la transformación de la propiedad individual de la tierra y del capital en propiedad colectiva de un Estado de trabajadores. Este acto revolucionario de los obreros organizados que establezca la propiedad colectiva sería de hecho la Carta Magna de la igualdad y de los derechos individuales en los que tanto había soñado el liberalismo del siglo XIX, pero que había sido incapaz de alcanzar. Sería la única Carta real de los derechos individuales precisamente porque (en las palabras del Manifiesto Comunista) "en la sociedad burguesa el capital es independiente y tiene una individualidad, en tanto que los seres humanos viven en un estado de sometidos y carecen de ella", y porque sólo suprimiendo el poder de una clase para explotar otra mediante la supresión de la propiedad privada de la tierra y del capital, que crea ese poder, podrá alcanzarse la libertad sustancial para todo el pueblo.

IV. LAS CRISIS ECONóMICAS

Para Marx, la aplicación más importante que puede hacerse de. s~ teoría es, sin duda alguna, el análisis de la naturaleza de las cnSlS económicas. En su tiempo, el estudio de este fenómeno se hallaba todavía en su infancia. Sismondi había hecho algunas fecundas observaciones, aunque asistemáticas, en relaci~r,r con los efectos perturbadores de la competenCIa y la producclon para un vasto m~rcado. Malthus y Ricardo ya habían tenido?, por e?tonces, su claslCa discusión acerca de si la plétora y la depresIOn podlan atnbunse a una deficiencia del consumo y, en A1ema~ia, Rodber~us había formul~~o su teoría del infraconsumo para exphcar el fenomeno de las CflSlS. Pero por l(Jqyese refier.e} la escuela. ricar.diana ya. sus he~ed~ros, pUydedecirSt: que. las cnsls. no ..()~uparon vl;tualm~IJ,t~ .lug~r.alguno déntro.de.SJksiste;ma: .las depreSIOnes ,cieblaIJ, atnbu1fSea,.l.I1te.rf~-retl¿¡~s del eXterior que impedíaIl elIiJ:>re ¡qego delas f~erzas econo-miC;¡l$o elprocesg .deJ~;¡Curnqlació,nde capitah m.ás ble.n ~u~ ɑ *Tos* efé~t§s de un rTI'IIcróIJ,ico. interI1(). cie;)asoc:ledad, capltahsta. Los sucesorés de esta 'escuela estaban 10 suficientemente obsesionados con esta idea para buscar otra explicación fundada "en causas natur~l;,s (como las fluctuaciones de las cosechas) o en el velo ~onetano . Pel,2"Q.ª1ª" .Map':.,er~ evidente que la~ crisi~ e~taban a~oC1~dasa las caraCtenshcas esencrales de la economla capltahsta en SI mIsma. Esas dos características fundamentales eran 10 que él llamaba "la~,Il~.~<1':l.í.a deJª,.pr.()~ys.cióp,::.esto~~?X~ mul~iplicidad, .?e pro,ci~ct~res,q\1~ ,decl-clíaIl:.aptonomaIl1ent~ ~lo.qu,.eci~H.la.p;o.d,:rclr~~,'. yet he~ho de ser YIlsJ~Jep1q.ci~'l?ro.gl1c96n.,1J9. cO,I1J¡>n;>p06),s.,s?clalc;::CQnsclept~n¡en te deférminados, sino dé lucro. DebIdo a la pnmera caractenshca, ~u-vÍerortvalidéi'l'asleyes 'c1ásicas del mercado y, por ello, ta~b!én adoptaron la forma particular que asumieron.[1] A esta caractensh~a, según Marx, debía a~r!b~irse.1a existe~~ia, no sólo d~ las t~ndencras pertubadoras del eqmhbno, smo ta.mblen. las tende.ncIas haCia su. restablecimiento, únicas a las que dIeron ImportanCIa ~OS econo.ml~tas clásicos. Fue por la segunda característica de la SOCIedad capltah,sta por 10 que la obtenc!ó.n de la pl~sva1ía, y ~os factores que favorecIan su incremento, adqumeron una ImportanCIa tan grande que se consideraba que una alteración de l~ ganancia. -el in~reso de la clase dominante- estaba destinado a ejercer una mfluencla sobre los aco,ntecimientos como no la podía ejercer ningún cambio en cualqmer

1 Quizá sea necesario aclarar que Marx, al d~~!!. q~~ la.p.~2,ª11Eci.9J.ljn~~vicjual er~.r~:~á[quic;¡':, ¡ja,. ~PXP !~,~~pc~6.!Ae".!1§.;¡te! Jé'rrp.¡P8 .cQJ11P,.SIHÓfjln+ɑecaÓb,a. Enténdía el término en su sentú:lo literal, subrayando que SI b,en era responsable de las influencias perturbadoras, era también el ,medio .de que se valía la "mano invisible" para gobernar el mercado; En una_recIente dls~usl6n entre G, ,B. Shaw y H. G. Wells, el primero sostcma ,que Wel,ls s6]0. vela en el capltahmlO una ausencia de sistema y de allí su pr~nto por slstematlzar1o, c?ando en realIdad es un sistema gobernado por leyes propIas, Creo que ~arx habna suscnto este punto de vista. (Véase *The* New Statesman, de 3 de nOViembre de 1934.)